

VIERNES LITERARIO

LETRAS • ARTES • CIENCIAS • TEMAS DE LA CULTURA • BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal del diario PUEBLO

Silueta de

Escribe
Jorge CAMPOS

EL nombre de Julio Caro Baroja me llegó con un libro. Era a poco de pasada la raya de los años cuarenta, cuando la producción literaria no era muy fecunda en sorpresas. Aquel libro, no muy abultado de tamaño, llevaba un título modesto: **Algunos mitos españoles**, seguido por una aclaración al futuro lector, **Ensayos de Mitología popular**. Por el interior del libro se movían seres de atractivo misterio, como las lamias, el cazador maldito, los duendes, los ciclopes o Psiquis (perdón, no sé ahora si todos estos seres bullían ya en la primera edición. La segunda, que es la que ahora tengo a mano, recibió algunas ampliaciones). Lo interesante del libro, aparte de su profunda erudición, estaba en que aquellas figuras que en algunos tiempos mantuvieron la imaginación y la fe de las gentes se mostraban con una viveza que no tienen los hallazgos arqueológicos, ni siquiera la viva tradición folklórica. Por esta última se lograba unir a la vida actual de los hombres lo que permanecía arrumbado y perdido en los viejos textos, en la toponimia o en primitivos estudios de eruditos. Hasta las gentes de hoy llegaban, como creencia todavía en muchos casos, los relatos sobre el hombre pez o el travieso trago. Los folcloristas habían hecho acopio de narraciones tomadas de boca de gentes de los pueblos. El propio Julio Caro, jovencísimo entonces, había apuntado lo que oyerá en varios pueblos de la zona vasco-navarra, especialmente Vera del Bidasoa. Pero lo lúcido de su labor estaba en no dejar aislados estos relatos, sino en eslabonarlos, dando vitalidad al tema. La lamia o bruja con que hoy se asusta a los niños tiene unas raíces en los trágicos griegos que la romanización vino a implantar. La mitología popular de hoy era la meta de su trabajo, a pesar de la exhaustiva persecución de antecedentes.

QUIZA el libro me interesara por curiosidades afines. Quizá me ganara el aparato científico tanto como el apartamiento de la menor postura pedantesca en la exposición. El hecho es que el libro dejó una huella que gravó del autor, sin duda, un joven, en espera de obra posterior.

DESPUES vino el conocimiento personal. Estábamos en la casa de la calle Ruiz de Alarcón, tan conocida y querida de los barojianos. Don Pio, sentado un poco más solemnemente que de costumbre tras la sencilla mesa, atendía a los dos amigos que, embarcados en un proyecto editorial íbamos a pedirle un original. Generosamente nos concedió lo que por las condiciones de la colección le parecía apropiado: **La dama de Urtubi**. Era pocos años después de haber leído el libro, Baroja todavía disfrutaba de toda su lucidez y comenzó a hablarnos de las brujas de Zugarramurdi. Lle-



Julio Caro Baroja

gó Julio de la calle. Con toda naturalidad terció en la conversación y durante un rato y sobrino se extendieron en historias que tanto tenían que ver con el temario fantástico de Pio Baroja como con el rigor científico de las sistematizaciones de Julio.

CON esto vengo a decir algo de la autenticidad y mantenimiento en la tarea de Caro Baroja en los temas tratados a partir de entonces. Nunca abandonó aquella preocupación por la mitología popular de gran parentesco con otras elaboraciones mentales que le llevaron a estudiar poblaciones marginadas, como los moriscos del reino de Granada y los judíos de la España moderna y contemporánea. El folclorismo, tratado ya de este modo, que enlazaba la recogida de datos sobre el terreno con la persecución de las fuentes documentales y aun literarias, le llevó desde el estudio del carnaval o los mayos primaverales a sumergirse en el examen de

los voluminosos legajos de la Inquisición cuajado en otro de sus mejores libros.

VIDAS MAGICAS E INQUISICION

QUIERE decir esto que, aparte de las variaciones en método de enfoque científico, pasando desde la etnografía a la historia y, si se quiere, a la historia social, producto de su propia búsqueda, la obra de Julio Caro nos comunica la gran unidad que se deduce del desarrollo de unas aficiones y aptitudes no traicionadas de aquel atrayente y primero de sus libros.

IMPIDE extenderse en la descripción de la personalidad de Julio Caro Baroja que él ya lo haya hecho en ese cautivador libro salido de su pluma que se titula **Los Baroja**. Allí puede verse que a la seriedad científica del investigador se une una capacidad de humor que colorea personajes y situaciones. Vuelve el recuerdo del Pio Baroja que conocimos y a quien en este libro nos ayuda Julio a ver. Recordamos de nuevo la escena de sobrino y tío penetrándose como en serena admiración mutua. Y pienso que podrían aplicarse al sobrino muchas de las cosas que se dijeron del tío. La poderosa individualidad sin concesiones, cierta hosquedad encubriendo sensibilidad y ternura, algún desdén por las glorias académicas o universitarias.

NO sería completa esta estampa sin el ingrediente de un espíritu lúdico que tanto ayuda a los buenos investigadores. Ahí están sus dibujos, esas grandes escenas multitudinarias y alegres de vivo colorido donde a veces descubrimos un jocundo y gnomesco Silvestre Paradox, por no decir Pio Baroja.

ESTAMPA, la de este hombre de ciencia, que no ha perdido humanidad. Tendríamos que hablar también del profundo vasquismo de sus preocupaciones, latiendo ya en aquellas sorguñas de su primer libro.



Reproducción del dibujo «Recuerdo infantil. Madrid», de Julio Caro Baroja

Escribe JULIO CARO BAROJA

AL conjunto de sistemas característicos de una enfermedad se le llama síndrome, según dice el Diccionario de la Lengua. Pero en griego la palabra vale tanto como reunión tumultuosa. De una forma u otra, el síndrome es algo concurrente y que produce alteración de la salud corporal o de la tranquilidad pública.

PENSANDO ahora en la situación política de esta España, un tanto resquebrajadilla, en que vivimos, se me ocurre que una de las causas más graves de ciertas tensiones es el que podría llamarse «síndrome de Madrid». Es decir, el conjunto de cosas malas que atribuyen a Madrid, de manera sistemática, las gentes de aquí y de allá: catalanes, vascos, andaluces, etc. Basta con oír a un conocido de Barcelona o de San Sebastián, con tendencia política autonomista, para darse cuenta de que una parte considerable de su «ideología» está compuesta por la inquina o aversión manifiesta a Madrid. Madrid —y esto mismo lo dice un hombre culto que una honrada madre de familia de pocas pretensiones o un obrero— es el foco de donde arrancan los males que el autonomista quiere corregir. Es un pueblo de gente vaga, ligera, enchufada, de mále fe, que está pendiente de nosotros para hacernos la pascua, como vulgarmente se dice. Madrid está lleno de defectos que contrastan con nuestras virtudes y perfecciones. Madrid es la causa de todos nuestros males. Sin el «síndrome» de Madrid la mitad de los problemas autonómicos quedarían eliminados..., y ahora puede que se lleguen a eli-

MADRID

minar de modo imprevisto: cuando se vea, de modo claro, que vagancia, ligereza, enchufismo y otros vicios específicamente «madrileños» se pueden dar en covachuelas y oficinas de aquí y de allá, del Norte al Sur y del Este al Oeste de la pobre piel de toro sobre la que estamos sentados.

QUE hemos hecho los madrileños para merecer esa fama de inconstancia y ligereza? ¿Es, de verdad, Madrid una población que merece que se diga de ella, como dice el duque de Mantua, lo que dice de las mujeres en general al comenzar la famosa ópera de Verdi?

«Comme la plume au vent
femme est volage;
et bien peu sage
qui s'y fie un instant.»

MADRID no es una mujer, y entre las mujeres las hay de un tesón que se puede poner a prueba de bomba. En Madrid —como en todas partes— hay gente ligera. Pero también gente de una tenacidad admirable... hasta en las oficinas públicas, pese a apreciaciones barcelonesas, bilbaínas o donostiarra. Si. Y además han vivido Cervantes, Lope, Calderón, Velázquez, Quevedo, Goya, Moratin, Galdos, etc. Y algo han dejado de su espíritu hasta hoy.

CON relación al Madrid ligero, mucho habría que decir también en su defensa. Porque un hombre ligero evidentemente fue don Federico Chueca: el único músico español del que habló, algo estremecido, otro «gran Federico» que no fue el «gran Federico» oficial. Otros han dado a la ligereza y también a la pobreza y modestia de Madrid un sello, una dignidad artística, difícil de encontrar en ciudades de su misma categoría.

PIENSO ahora en mi infancia callejera, pienso en la modestia de la vida de los barrios populares, en la desolación que a veces podía captar un niño observador. Pues bien. De esta modestia, de esta pobreza, hubo artistas pobres y modestos que sacaban notas líricas que nos encantaban. ¿Hay algo más expresivo que una vista suburbana de las que dibujó Sancha? ¿Se puede captar mejor que como lo captó Robledano el espíritu de la «catería»? ¿Hay algo más cómico y más lírico a la par que un interior mediocre de los que caricaturizaba Tovar? Un Madrid olvidado por la mayoría. Un Madrid que no podía producir ningún efecto de envidia ni de rivalidad a la opulenta Barcelona o a la orgullosa Bilbao. Y, sin embargo...

SIN embargo, ahí están los clisés. Es de esperar que alguna vez se rompan. Es de esperar que con los sistemas autonómicos el «síndrome Madrid» desaparezca y que haya —a la larga— una mayor comprensión mutua y que nos dejemos de vaciedades y lugares comunes.

CARO BAROJA Y EL CINE

Escribe PLACIDO

POCOS hombres tan polifacéticos y tan capaces y capacitados para adentrarse en los distintos elementos que configuran el mundo de la ciencia y la cultura como don Julio Caro Baroja. De él se conocen y se respetan sus aportaciones al mundo de la antropología, configurada como mezcla y resultado de la costumbre, el uso, el folklore y la vida misma. Se conocen también sus numerosos escritos sobre temas tan dispares como el conflicto generacional o la brujería decimonónica, o ensayos sobre el siglo XVII y la vida de un pueblo vasco olvidado hasta por la Guardia Civil. A lo largo de más de trescientos cincuenta libros publicados, de innumerables y acertados dibujos, apuntes y pinturas, de sus entrañables cuadernos de campo y de sus aficiones y fobias, hay a nivel general un conocimiento bastante completo de la personalidad de uno de los grandes intelectuales de la cultura española, independiente e introvertido, del siglo XX. Si no es más popular, más famoso —por utilizar terminología de revista del corazón—, mucho hay que echarle la culpa a su natural timidez y a su recatado distanciamiento del mundo social que le apasiona, pero le perturba. A Julio Caro le gusta como a nadie la reflexión, el sosiego y la distancia, le apasiona sobrevalorar los temas y descender a cada uno de ellos con la paciencia y la atención de la abeja que no deje una flor sin conocer ni un conocimiento sin desflorar.

PERO hay una faceta de Caro Baroja frecuentemente desconocida: su vinculación al mundo del cine. Hay una razón familiar, y seguramente sentimental, para esta parcela de su actividad creativa. Como todo el mundo sabe, su hermano, Pío Caro Baroja, es un aceptable cineasta. Ha dirigido una buena cantidad de cortometrajes y medimétrajes, y algunos largometrajes. La temática, casi exclusivamente, ha versado sobre temas antropológicos, filmaciones de costumbres y folklore. Don Julio, unido a su hermano desde siempre, y admirador confesado del buen hacer de Pío, ha colaborado con él en labores de guionista, por lo que no es infrecuente encontrar en los títulos de crédito de esas películas su nombre junto a la nomenclatura de «argumento y guión». Así, en el

cortometraje de veintidós minutos «El País Vasco», don Julio efectuó el argumento y redactó el guión final. En otras realizaciones como «Guipúzcoa I» y «Guipúzcoa II», y hasta en «Navarra: las cuatro estaciones», considerado como un medimétraje por su duración, la colaboración de don Julio fue de gran utilidad para su hermano.

HAY un cierto paralelismo en este sentido entre la actividad cinematográfica de Julio Caro y de otro de nuestros más preclaros intelectuales, el escritor valenciano Blasco Ibáñez. Don Vicente realizó adaptaciones y guiones de sus novelas para el cine desde 1914, e incluso llegó a codirigir en 1916, junto a un pionero del cine español, Ricardo de Baños, «Sangre y arena». La labor de dirección de Blasco Ibáñez entonces fue producto de una afición mezclada con la curiosidad, si bien, como es de suponer, el peso de la realización corrió a cargo de Baños.

DON Julio Caro ha ayudado a su hermano en la realización de algunos documentales sobre costumbres vascas, si bien su labor nunca ha llegado a la de la dirección. Es posible, aún es posible, que algún día don Julio nos sorprenda con una película, con un documental, que plasme un poco más su labor en todos los aspectos de la cultura a los que pueda tener acceso.

SE suele decir, un poco como adulación, un poco como prejuicio, que Julio Caro Baroja es lo que es porque no le quedaba más remedio siendo sobrino de Pío Baroja. Nada tan incierto. Aunque don Julio jamás estableció comparaciones ni competencia intelectual con su tío, lo cierto es que tampoco hay similitud posible entre ambas personalidades. Sólo un punto de referencia les une: Euskadi. Sólo una afición les une: el amor por la gente. Aunque y quiero que se interprete bien, don Julio ama más a la gente cuanto menos convive con ella. Es una especie de amor puro, que se resiste a violarse por conocer los defectos y las miserias de los hombres. Posiblemente, don Julio sea un solitario,



En la casa de la calle de Ruiz de Alarcón, en Madrid, donde vivió la familia Baroja después de la guerra civil. De izquierda a derecha, Gil Delgado, Julio Caro, Val y Vera y Pío Baroja

un bohemio y un individualista. Pero no hay mayor generosidad que la de crear cultura constantemente para repartirla, para que se aprenda y se disfrute. Caro Baroja ha llevado su generosidad más allá de la literatura y la ciencia. La ha llevado incluso al cine.

Escribe Angel LAZARO

Apunte en honor de don Julio Caro Baroja

CUANDO llegué a Madrid, 1923, había en la plaza de Canalejas, en el chaflán que hace la plaza entre la carrera de San Jerónimo y la calle de la Cruz, una pequeña librería, a la medida de aquel magnífico Madrid de setecientos mil habitantes. Era aquél, como lo es hoy, un lugar obligado de paso, por lo muy céntrico, y en él se veía con frecuencia a un escritor poco recordado hoy, José Sánchez Rojas, fino cronista de Castilla, antiguo alumno del colegio boloñés del cardenal Albornoz, y creo que condiscípulo de Rivas Cherif, el cuñado de Azaña. Sánchez Rojas había hecho una excelente traducción del libro (ya clásico) de Benedetto Croce «España en el Renacimiento italiano», y escribía en «La Libertad» unos nerviosos artículos contra Mussolini, aprovechando el proceso de la muerte de Matteotti, crimen cometido en los comienzos del fascismo.

Pues bien, en un pupitre adosado a la pared de la librería pergeñaba Sánchez Rojas algunos de sus trabajos, y el establecimiento era propiedad de Caro Raggio, padre de don Julio Caro Baroja, sobrino del novelista don Pío.

Por cierto, que en aquel entonces hice un soneto-semblanza del gran novelista de «La busca» que voy a recordar en honor del sobrino. Como no soy antropólogo, ni cosa semejante, recurro a adorar al santo por la peana, evocando la librería de su padre y la figura de su tío.

Fue una tarde en Vasconia Yo estaba bajo un pino, sobre una verde falda, mirando al mar cercano.

Llegaba un son de flauta del chistu vizcaíno; el sol, dorado y lento, rodaba al océano. Pasó con unos bueyes un viejo campesino y un mancebo descalzo, con un remo en la mano, puso una mancha roja, blanca y azul marino —piel, calzón y camisa—. Y era como un enano. Se fue el recio marino, se alejó el de la junta, volví a mirar al mar y al sol dorado y lento, cuando surgió una proa por detrás de la punta, y en seguida, unas velas desplegadas al viento, Cruzó la nave cerca, yo vi una boina roja y simultáneamente me acordé de Baroja.

Desde la plaza de Canalejas a la costa de Vasconia hay un todo, un itinerario que don Pío recorrió muchas veces, como lo ha recorrido este don Julio, investigador amensísimo, ilustre continuador de un apellido, de dos, mejor dicho, igualmente ilustres: Caro y Baroja.

Es mucho más difícil con dos apellidos famosos detrás hacerse un nombre en las letras españolas, que tanto ayer como ahora mismo muestran un índice donde hay para escoger entre las más variadas disciplinas, y don Julio Caro Baroja se ha ganado a pulso, por derecho propio, un lugar en la literatura española contemporánea.

He podido, gallego como soy, hilvanar una divagación sobre la santa compañía o las meigas de mi región, pero me he decidido por entonar este pequeño solo de ocarina, como aquel ciego que en la esquina de la plaza y calle de la Cruz, inmóvil, enlutado, de pie, incansable, hacía sonar su ocarina, a dos pasos no más de la librería Caro Raggio, padre de don Julio.

Creo que a él le será grato este apunte madrileño.

MORISCOS Y JUDIOS EN LA OBRA HISTORICA DE DON JULIO

Escribe Soledad CARRASCO URGOITI

EN este año de 1982, en que la fama —fama de la mejor ley, asentada en sólido prestigio— ha alcanzado a Julio Caro Baroja, cumple veinticinco años una obra suya, que en su última edición se acomoda a las dimensiones de un libro de bolsillo y que, sin embargo, bastaría por sí sola para dar a su autor el rango de importante historiador. *Los moriscos del reino de Granada. Ensayo de historia social* (1957) manifiesta ya la calidad singular de la labor de investigación que ha seguido realizando su autor en torno a segmentos del pasado español que requerían ser examinados por la lupa de la investigación serena, y sobre todo merecían el juicio de una mente que se vuela con cordialidad profunda, pero sin apasionamiento, en la tarea de reconstruir las vidas anónimas, arrastradas en las tempestades de la historia por su pertenencia a un sector minoritario de la población —judíos, mozárabes, descendientes de conversos judíos en la España de los Austrias, mudéjares o nuevos convertidos de moros, como se llamaba a los moriscos—, o bien marginadas por una ideología o una profesión no admitida. Etnógrafo que no renuncia a la perspectiva histórica, Caro Baroja tampoco reconstruye el pasado como un espacio que configuran acontecimientos espectaculares y surcan en solitario las trayectorias biográficas de grandes personajes, o como un medio en que operan de modo previsible las leyes que rigen los avatares económicos y políticos. El hombre, la familia, el grupo que une la creencia, el origen o la identificación en el trabajo, no es simplemente un tema que le interesa, sino el sujeto mismo de su obra. Quizá en ello estribe su secreto, ese pulso de vidas lejanas que sentimos latir cuando leemos, por ejemplo, esa obra magna que son *Los judíos en la España*

moderna y contemporánea, el libro más breve, que hoy comento.

NO quisiera dar la impresión de que las obras históricas de Caro Baroja atraen por lo anecdótico o por los perfiles trágicos de ciertas biografías que, por ejemplo, aprovechó un Martínez de la Rosa —y fuera de España, un Coleridge o un Andersen— para elevar a rango de héroe romántico al morisco sublevado. Menos aún se trata en sus libros de proyectar tensiones de hoy, alineamientos ideológicos, ni siquiera previas posturas interpretativas de la historia, al hacer la lectura de los hechos del pasado.

Precisamente, uno de los rasgos que caracterizan su obra es una ejemplar imparcialidad, incluso cierta parsimonia, que me atrevería a calificar de barojiana, con que aborda el autor la ingente masa de material documental —en buena parte, allegado por él mismo— y hasta el testimonio, tantas veces soterrado, que encierra el texto literario cuyos matices sólo puede calibrar el explorador de épocas pretéritas, que llega a sumergirse en el ambiente del tiempo y lugar que examina, llevando su búsqueda más allá de la fuente secundaria, y sintonizando con la sensibilidad de quien manejaba la pluma sujeto a aquellas contingencias que se trata de elucidar. Así llega a ser testigo invisible de un proceso de vida, que sin duda contempla con criterios de etnólogo e historiador de nuestros días pero también con un don de empatía que le permite analizar sin petrificarla esa realidad palpitante desvelada por la ciencia —¿o es un arte?— de la investigación humanística.

EL resultado fundamental a destacar en el caso del libro que comento fue destruir la idea de una minoría morisca uniforme, manejada por unas cuantas persona-

lidades fuertes y objeto de una «aversión unánime por parte del resto de la población española, a excepción de los grandes señores, de vasallos, que por servirse de ellos los toleraban. A partir de 1957 ha calado hondo en la conciencia histórica y en la de todo español cultivado —no se requiere especialización para gustar de lo que con auténtica sabiduría se escribe— la realidad que fue una sociedad morisca profundamente diversificada, tanto en cuanto a regiones como estamentos sociales. A los lectores de este libro se nos abrió un mundo que descubría innumerables matices en cuanto hábitos externos, costumbres de puertas adentro, asimilación del clima cultural de la España del siglo XVI, y por supuesto vida religiosa, que oscilaba desde la indiferencia a la identificación profunda con la fe islámica heredada y también en casos menos frecuentes con la cristiana. Casi con la misma llamada a nuestra curiosidad se mostraban por parte de la población española las más variadas reacciones, los planteamientos simplistas de mentes obcecadas o las reflexiones lúcidas de los mejores cerebros, sobre los medios de evitar el desarraigo de ese segmento de la población de España, que al ser expulsado dejaría una herida de irreversible alcance.

PARA terminar, dos consecuencias. Ese capítulo de la historia ha sido asumido con inteligencia por el público lector español y ha propiciado, entre estudiosos de diversos países, una actividad importante de búsqueda e interpretación sobre la vida de los moriscos, su historia y los efectos de la misma. No se puede alcanzar resultados más satisfactorios en una empresa de pensamiento.

Para seguir con el cuento semanal y la novela corta



LA COLUMNA ESCARLATA

Este otro Baroja

TODAVIA en las vueltas más prometedoras del camino —y no desde las últimas memorias como se titulan las tan sabrosas de su tío— de una vida de estudio e investigación científica y de ensayismo literario de ésta destilado, publicaba hace diez años Julio Caro Baroja, en Taurus, dos grandes libros memoriales: «Semblanzas ideales» y «Los Baroja». Precisamente el mismo año del centenario del nacimiento de don Pío. Aunque no estamos tan pobres como se ha dicho de libros memoriales en nuestra literatura, estos dos son lo más robusto con que podemos contar. Si la programación de un personaje eminente, decía D'Ors, exige un racimo de biografías, la autobiografía de Caro Baroja sale entre las semblanzas del primero, donde retrata a los grandes hombres que conoció y admiró, por el carácter confesional de su escritura; del segundo, por la parte que le toca entre los personajes de una familia singular. Si sus atrayentes ensayos como «Los pueblos de España», «El Carnapal», «Las brujas y su mundo», «Vidas mágicas e Inquisición», etcétera, no constituyeran piezas literarias de primer orden, bastarían para darle un puesto en nuestra literatura las vivaces relaciones, los penetrantes juicios, los cálidos testimonios y serenas reflexiones que animan estos dos libros. Es Caro Baroja de la estirpe de aquellos hombres de ciencia, polémicos y sagaces en sus escritos para abrir camino a sus innovaciones y a quienes los comentaristas de la actualidad de entonces —a finales del siglo XVII y en el siglo XVIII— llamaban enérgicamente «escritores», seguramente porque hacía falta la literariedad humanística más cálida y seductora para vehicular ideas de tanta consistencia y novedad. (Véase, para seguir la gran trayectoria literaria de los científicos españoles —médicos, economistas, lingüistas, historiadores— los «novatores», el tomo tercero de la «Historia crítica del pensamiento español» de José Luis Abellán.)

COMO nos cuenta Caro en estas memorias, en el ámbito artístico y literario de la familia barojiana, predominaba un entusiasmo enorme por la ciencia; muy seguramente estas dos características familiares derivaron bastante en la hazaña de aquel muchacho de buen cuerpo —cuidado, amorosamente por su tío el maestro—, pero forzado de espíritu que profundizaría en la historia, en la prehistoria, en la antropología social y cultural, en la etnografía —discípulo de los más grandes maestros de la época, españoles y extranjeros— para constituirse en uno de los más grandes y originales antropólogos europeos de nuestro tiempo y un peculiar prosador ensayista entre los más notables de la generación literaria de la guerra. (Algunos de los cuales, entre ellos él, que contempla en el arranque Charles David Ley en sus memorias «La costanilla de los Diablos».)

ANICIANDO el trámite que ya parece obligado de que venga de extranjeros el abundante y preciso estudio del alcance de la obra de nuestros mejores, David Greenwood escribe unas preciosas páginas sobre Caro Baroja, que todavía figuran como epílogo en «Semblanzas ideales», donde se empieza señalando la falta de la apreciación crítica que tal magisterio merece. Pero es indudable que en este momento nuestra juventud reconoce y exalta —por ello estas páginas de jóvenes y no en hamenaje suyo— el magisterio de este otro colosal Baroja.

IUNQUE sus indagaciones alcanzan también a otras tierras de Europa, África y América, y los resultados de sus trabajos constituyen aportaciones decisivas a lo universal de estos saberes, es seguro que la estimación en nosotros de sus escritos se cifra en lo mucho que representan para la interpretación del ser, del consistir, el padecer y gozar histórico de los españoles —vastos, judíos, moros, cristianos; brujas, inquisidores...— que Julio Caro interpreta en una prosa fascinante. Por un muy definido y personal camino científico, en el que tan alto pone a la ciencia española, con el temple barojiano de la ironía y el pesimismo, del racionalismo y la arbitrariedad culturalista, vine a seguir empresas intelectuales españolas que empezaron en los finales del Barroco, siguieron en el siglo XVIII; después, con Menéndez Pelayo, Ramón y Cajal, Menéndez Pidal, Américo Castro, Sánchez Albornoz... Empresas de historiografía analítica del tema de España que se insertan modernamente también en lo mejor de nuestra literatura, tan alto y a veces más que la obra de pura creación y que quizá expresemos muy bien cuando decimos, por ejemplo, que Menéndez Pelayo —con Galdós— llena de significación las letras españolas del pasado siglo.

Dámaso SANTOS



Jorge Cela Trulok, en la novela corta



El dolorido sentir de lo vulgar en «A media tarde»

EL editor Emiliano Escobar ha querido repetir, en libro de bolsillo, lo que en otro tiempo fueron las ediciones populares en colecciones de vario formato —muchas lo eran de revista, y revista alguna se denominara— desde la aparición, a principios de siglo, de «El cuento semanal»: «Novela del sábado», «Novela corta», «Novelas y cuentos»... Muchos de aquellos relatos vuelven a ser editados ahora por Emiliano Escobar bajo el epígrafe precisamente de «La novela corta». Paralela a ésta hay otra colección —y una tercera de clásicos— bajo el epígrafe de «Aquí y ahora», novelas y cuentos de los autores de hoy. En este paralelismo encaja bien un autor que lo hubiera sido de «El cuento semanal», Jorge Cela Trulok, con su último relato «A media tarde». No porque se parezca ni siga en nada a los novelacortistas de antaño, que se movían entre el modernismo y el naturalismo tardío, siguiendo, como dice el historiador minucioso de todos ellos, Federico Carlos Sainz de Robles, el realismo tradicional español. Jorge Cela, de los más jóvenes de la generación de los cincuenta, en un decir de español medio, «equilibrado entre lo coloquial y la trasmutación literaria» —como escribe su prologuista A. Zamora Vicent—, se inserta en el realismo social y existencial de su momento con su minuciosidad de pormenores —no primores azorinianos, sino dolores, dolorido sentir— de lo vulgar como testimonios naturalistas de un acotamiento analítico del vivir más común. Pachorrieto y gris desfile o pululación de las criaturas arrojadas a la existencia cuya contemplación relata un tanto atónito —o acobardado, dirá el prologuista— el autor. (Ramón Gómez de la Serna llama también «atónito» a Azorín.) Unamunismo, barojianismo en una despoetización o repoetización sistemática de los seres y las cosas, aunque entre ellos emerja un instante alguna criatura que aspira a más individualizada personalidad o personalización.

AUNQUE Jorge Cela entró en la narrativa con una novela larga, «Las horas» —en algo emparentada, no en el humor,

con «La colmena» de su hermano Camilo—, destacó y fue subrayado como autor de novelas cortas, ejemplares, de episodios o «tranches de vie», donde no hay espacio para que los personajes se disuelvan enteramente en el común: «Blanquito, peón de brega», «Trayecto Circo-Matadero», «Inventario base» y otros relatos. Eso mismo es «A media tarde», donde los personajes, como siempre, se hacen fantasmales u oníricos —esto que lleva a colmo después Juan

José Millá— a fuerza de agobiante, degradante vulgaridad, oscuridad, impotencia que el autor evidencia, tanto en un sintetismo behaviorista de los comportamientos visualizados como en la traducción de los a menudo entrecruzados monólogos interiores, en un arte que oculta su delicada sutileza.

EN este nuevo intento —han perecido varios— de proseguir la novela cor-

ta popularizada que ha emprendido animosamente Emiliano Escobar figurarán, junto a reediciones de los más conocidos autores, obra nueva de otros —Manuel Andujar entre ellos—, que preceden a esta nueva salida de Jorge Cela Trulok, quien debe ser animado así para proseguir en su clara trayectoria con nuevos arrostos o a dar salida a lo que empeñosamente ha ido escribiendo sin fácil acomodo por carencia de colecciones oportunas.

“ESPAÑA, ESCRIBIR HOY”

EL CUENTISTA ARTURO DEL HOYO

Escribe Meliano PERAILE

HE leído últimamente, en diarios y revistas, demasiadas críticas de novelas mediocres y de poemarios ni fu ni fa. No he leído ni una sola línea sobre un excepcional libro de relatos breves: «El lobo y otros cuentos», de Arturo del Hoyo (1). «No te preocupes, seguirán sin enterarse de la existencia de ese precioso género literario», me escribía hace unas semanas el escritor Antonio Pereira, cuentista de primera división, a propósito de la perplejidad y el asombro míos, publicados hace unas semanas en PUEBLO, por el estupefaciente hecho de que una mayoría de la crítica literaria ignore (en el sentido de «no saber» y en el de «desdeñar»), obstinada e impenitente, el buen cuento que en España, sin ir más lejos, se escribe hoy.

PORQUE es evidente que hay que hacer algo por remediar tamaña incuria es por lo que estamos ahora aquí. En «El lobo y otros cuentos» se contienen, limpiamente editadas, nueve historias (la más extensa, de veinticinco páginas de letra gruesa y renglones espaciados, y la más corta, de cuatro) escritas con una prosa ajustada, noble, un pulso de virtuoso, un apresto de tejido de calidad y una sabiduría de rabadán del ganado lineal de las palabras, que para sí quisieran algunos de aquellos «primerísimos espadas» de la literatura a quienes los «snobs» de la lectura sacan a hombros y a colación en el ruedo de sus amistades, para presumir de puestos al día.

LEER este libro, además de una delicia, resulta la prueba de que para ir literariamente lejos no es indispensable el burro grande, ande o no ande, y una nueva demostración de la existencia del cuento como género literario autónomo (más orientado a la hondura cualitativa que a la extensión cuantitativa; creador de un orden temporal), género que cuajó entre 1829-1832, cuando Edgard Allan Poe publica su primer cuento («Metzengerstein») y traza un esbozo de preceptiva de la «Short story» (una de las formas típicas

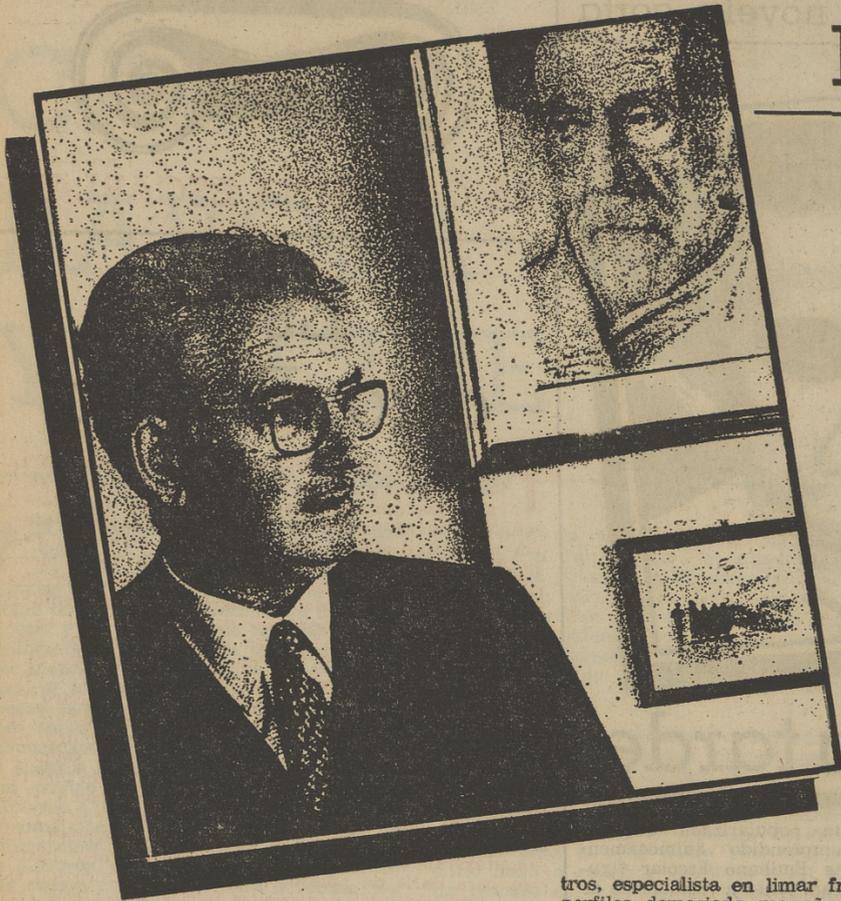
de la literatura americana) en su crítica de los relatos breves de Hawthorne.

OBSERVANDO la composición de los cuentos «El lobo...», nos salta a la vista una estructura de precepto, una urdimbre familiar, clásica en el cuento literario: selección de elementos (verbales y extralingüísticos), trabados en una unidad narrativa anular, cuyo lenguaje, de signo semejante al poético, se inclina más a insinuar que a decir (significa más que dice), caracteriza a los personajes, con un par de rasgos felices, y construye la situación por modo impresionista con unos toques esenciales. En siete de los cuentos ocurre, al final, lo imprevisto, sucede la sorpresa. Hay dos cuentos de situaciones y de «clima», es decir, carentes de argumento y de final como término del desarrollo graduado de una acción. Y en ocho está Castilla, el campo de Castilla, el laboreo y los aperos del campo de Castilla, las gentes de Castilla, que van de su corazón a sus asuntos y viven por sus manos la expresión gráfica, inmarchitable, zumosa, el habla de los pueblos de Castilla: andarríos, picamadero, acigüembres, aulagas, sujetavuelos, atortadas, coyunda, ubio, pinariego, «los escaramujos de las zarzarrosas», «el negror de las endrinas».

El «El lobo y otros cuentos» un libro tan terso, tan clásico ya, con tanto derecho a pasar por nuestros ojos, de lectura tan fructuosa e interesante que, siquiera por este libro (aun olvidando sus «Primera caza», «El pequeñuelo», «En la glorieta»), el Ministerio de Cultura seguramente ha incluido el nombre de Arturo del Hoyo entre la docena de cuentistas españoles actuales que mi querido amigo y paisano Matías Vallés tuvo en cuenta a la hora de listar los cien o doscientos escritores españoles cuya vida y rasgos compondrán el palpitable cuadro «España, escribir hoy».

(1) «El lobo y otros cuentos» Arturo del Hoyo. Ed. Aguilar, 127 páginas.

LA OTRA TEORIA DE JULIO CARO



SERIA difícil calcular el número de veces que Julio Caro Baroja, en sus sesenta y siete años de vida, ha cubierto el trayecto entre Madrid y el País Vasco, entre San Sebastián o Vera del Bidasoa y la capital. Esos han sido los dos polos que imantaban su vida, dos amores perpetuos que, con el tiempo, han acentuado desgraciadamente su incompatibilidad, su agónico enfrentamiento. Viajero entre una y otra geografía, entre una y otra idiosincrasia, Julio Caro, escéptico, observador, irónico, se entregó al análisis de las raíces históricas latentes bajo los conflictos y lazos que anudan a los pueblos ibéricos. Desde muy joven le atrajo la tarea de rescatar del olvido viejos hechos y costumbres españolas, legados ancestrales de razas denigradas o expulsadas. Tras la guerra civil, no se negó tampoco a otra labor más peligrosa: socavar las falaces justificaciones del comportamiento estólido y opresivo del bando vencedor de la guerra y la reacción posterior, demente y armada, de los exaltados patriotas del otro lado.

Entrevista

de

José Antonio

UGALDE

Dedicado a relativizar lo que unos y otros quisieran implantar como dogma monolítico, Julio Caro Baroja ha vivido demasiado tiempo con el estigma de sospechoso para tirios y troyanos. Su callada, pero insobornable tarea intelectual, su ir y venir entre uno y otro polo de conflictos, le fueron convirtiendo en una suerte de réplica moderna del Mercurio latino: con un pie dentro y otro fuera de cada realidad, actuó como mensajero, animador de encuen-

■ Por el escenario de la calle de Mendizábal, donde vivían mis dos tíos, Pío y Ricardo, pasaban personajes fabulosos de los que tengo recuerdos muy vivos

■ Esa ausencia de visión política y la falta de tacto con que al final de la guerra entraron las tropas en Vizcaya y Guipúzcoa dio pábulo al separatismo y nos ha traído los problemas actuales

tros, especialista en limar fronteras y perfiles demasiado roqueños. Tal vez fue Pío Baroja, su tío, quien le enseñó a vivir sin patria en tierras enfiadas de patriotas, empresa que parece hoy haberse contagiado entre muchos vascos y no vascos que denigran esa peculiar hipertrofia del amor a lo propio.

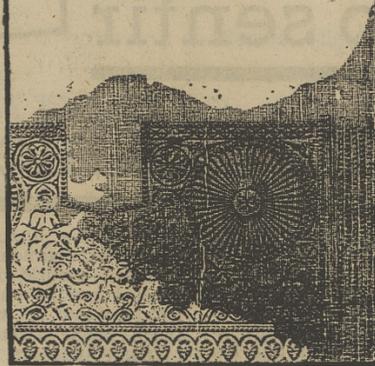
Contraviniendo anteriores propósitos de no sumarse a la docencia universitaria, Julio Caro imparte, desde hace algún tiempo, un curso de Teoría Antropológica en una de las más heterodoxas empresas de enseñanza que se registran hoy en el país: la de Letras del antiguo edificio de Zorroaga, en San Sebastián. Por otro lado, hoy, en Madrid, ciudad que le vio nacer en 1914, ha sido nombrado «hijo predilecto» de la villa y recibe un homenaje cariñoso y multitudinario. Es evidente que estos dos sucesos son emblema de esos dos mundos, que siempre han rodeado a Julio Caro. Pero algo han cambiado los tiempos de manera que la pedagogía en San Sebastián y el homenaje de Madrid revelan que la obra del antropólogo y los aires de entrañable relativismo y de humorística desesperanza con que su personalidad se adorna han ido encontrando el eco que merecían. La entrevista que con él sostuve, y a continuación transcribo, quiere ser uno más de esos ecos.

—Si le parece, comencemos evocando su infancia y adolescencia de estudiante en Madrid. ¿Qué recuerdos tiene de aquella época?

—Tengo el vago recuerdo de que empecé a estudiar el alemán en el año 1919 con una «fraülein» que había huido de la primera guerra. Era muy agradable y no la olvidé, pero se me olvidó todo el alemán que aprendí. Después fui a un colegio, creo que los Maristas, de curas con babero blanco, y el año 1921 ingresé en el Instituto Escuela, donde estuve hasta terminar el bachillerato, el año 1931, cuando llegó la República. Sin embargo, además de la vida de estudiante de bachillerato, estaba el aprendizaje en casa, ¡y había que aprender! Por el escenario de la calle de Mendizábal, donde vivían mis dos tíos, Pío y Ricardo, pasaban personajes fabulosos, de los que tengo recuerdos muy vivos. Primero estaban ellos mismos, con los que muy pronto empecé a sostener conversaciones. Luego debo contar los amigos de Pío, entre ellos José Ortega y Gasset y otros miembros de su familia. Hacia los años 1923 y 1924, Ortega estaba en pleno vigor juvenil. Azorín era el más antiguo amigo de mi tío y asiduo visitante. Ricardo trataba con gente más bohemia: Valle Inclán iba a su tertulia, y también Azaña, que entonces no era una figura demasiado conocida. Cada miembro de la familia juzgaba abiertamente a la gente que tratábamos, y cada cual juzgaba distinto. Con Pío yo hablaba de libros, de sus conversaciones con otros escritores, y con Ricardo iba a las exposiciones, conocía a artistas como Solana, que tenía fama de extravagante, Mir, Chicharro...

Los Vascos

Julio Caro Baroja



—Había un segundo ámbito vital: Vera de Bidasoa. ¿Qué papel jugó?

—En contraste con Madrid, donde vivía en plena borrachera intelectual, Vera constituía el mundo rural, antiguo, de horizontes reducidos. Y era, también, la casa familiar. He pasado en Vera la mitad de mi vida, y ya de joven, desde que acompañando a Pío charlaba con la gente del campo y de los talleres, me acostumbré a relativizar mis experiencias, lo que, a su vez, despertó mi interés por la antropología. Había, además, una tercera fuente de contacto con la realidad: la imprenta de mi padre, que me ponía en contacto con el proletariado madrileño. Eran tres dimensiones distintas e influyentes.

—La figura de Pío Baroja, la convivencia con él, debió ser como recibir la luz de un sol que viviera en el hogar propio...

—Si tengo algún maestro, ha sido mi tío. El me transmitió la inquietud por la etnografía y por los temas de la vida de España. El, claro, se expresó literariamente, y yo, por medio de la investigación y recopilación de antiguos sucesos. Pero creo que hay una gran correlación entre su obra y la mía. Todavía me sigue indignando la imagen chata y enana que las historias de la literatura dan de mi tío. Algunos han dicho, con sorna, que era autodidacta y, con ignorancia, que no era demasiado culto. Lo que observo que saben los grandes hombres de nuestra literatura actual es una necesidad al lado de lo que sabía mi tío. Su capacidad mental era enorme.

—En 1929, con quince años, publiqué su primer trabajo etnográfico, titulado «Algunas notas sobre la casa en la villa de Lesaka». ¿Qué relaciones mantuvo con los etnólogos y folkloristas vascos?

—El año 28 tuve la suerte de entrar en contacto con Telesforo de Aranzadi, que había sido ayudante en la Cátedra de Antropología. El y José Miguel Barandiarán hacían excavaciones en Guipúzcoa. Yo, aunque estaba muy verde todavía, me sumé al grupo, que me recibió muy bien. Trabajábamos dentro del laboratorio de Etnología de la Sociedad de Estudios Vascos. El alma era Barandiarán, quien fijaba los modelos de investigación y, además, había nacido en un caserío y dominaba el euskera. Aranzadi era ya bastante mayor y se ocupaba de ordenar los materiales prehistóricos y arqueológicos y, aun cuando sabía el idioma, no lo dominaba de la misma forma que Barandiarán. Tuve estrechas relaciones con Aranzadi, hasta que murió, y con Barandiarán, hasta hoy en día. El contacto y conocimiento de los materiales etnográficos y arqueológicos que ellos

habían ido recogiendo me dio una clara conciencia de la profundidad de las transformaciones culturales que se estaban experimentando y de la importancia de lo que hacíamos. Por aquel entonces, en la Universidad española no había interés por estas tareas: a los capostotes de Madrid, nuestros trabajos les parecían una chaladura. La desaparición de costumbres, fiestas, artefactos que fuimos registrando después de la guerra, la recuperación de los últimos vestigios de tantas cosas barridas por una «sociedad en tránsito», les parecían procesos lógicos que no merecían ser tomados en cuenta. Si hubiera existido otra sensibilidad, se hubieran evitado muchos desastres, muchas pérdidas irreparables, pero aquella actitud sanhopanesca, aquel falso escepticismo, no se preocupaba por nada.

—Durante cerca de quince años se dedicó a la etnología vasca y en 1941 publicó su primer libro, «Algunos mitos españoles», que, pese al título, abarca una gran mayoría de temas vascos. ¿No era una época peligrosa para escribir sobre esos temas?

—Se puede aceptar que en una guerra haya dos bandos, pero no «regiones culpables». Esa ausencia de visión política y la falta de tacto con que, al final de la guerra, entraron las tropas en Vizcaya y Guipúzcoa dio pábulo al separatismo y nos ha traído los problemas actuales. La humillación del idioma vasco y el mal trato a quienes lo hablaban producían irritación. Personalmente, yo no tenía mucho que esperar de la nueva situación —mi familia estaba en entredicho y lo que se escribía de Pío revelaba que era persona «non grata»—, de manera que me decidí a escribir y publicar por mi cuenta, libremente. Pensé: si algo no les gusta, ya vendrá la censura y lo cortará. Pero no pasó nada, quizá porque el tipo de libros que yo escribía no les preocupaba. Por otro lado, el franquismo se fue ablandando en sucesivas etapas. Hay que tener en cuenta que es muy difícil tiranizar absolutamente: si el hombre se empeña, puede conseguir áreas de libertad hasta en los regímenes más tiranos.

—El origen del euskera ha provocado multitud de hipótesis. ¿Cuál es hoy el estado de la cuestión en torno al nacimiento y la evolución del idioma vasco?

—La preocupación por los orígenes del euskera llevó a establecer paralelos con otras lenguas: por ejemplo, con las camíticas del norte de África, hipótesis hoy desechada, al igual que la semejanza que quiso establecerse con las lenguas finesas y ugro-finesas. Hacia el año 18, expertos como Trombetti y Laffont plantearon la conexión con la extensa familia de las lenguas caucásicas, hipótesis que, en cambio, ha dado resultados interesantes y similitudes apreciables, aunque también hay escépticos al respecto. Por último, está el problema de las relaciones del euskera con las lenguas de Iberia y de Galia, antes de las invasiones indoeuropeas. Hoy en día, nadie piensa que el vascuence descienda del ibérico, como algunos lingüistas llegaron a sostener, sino que es una de las ramas más extendidas de los lenguajes preindoeuropeos. Probablemente, el euskera se extendió por el mundo pirenaico, aragónés, el valle de Arán, Aquitania y, luego, su ámbito se fue estrechando por la acción de otras lenguas, de la misma forma que otras tendencias dialectales preindoeuropeas fueron perdiéndose. El desciframiento del idioma ibérico es un auténtico lío y por eso es difícil establecer comparaciones en-

DE LA RELATIVIDAD

tre esa lengua y el euskera, que, a su vez, también experimentó posteriormente muchos cambios.

—Durante algún tiempo se consideró el hecho lingüístico como algo determinante para la unidad de un pueblo. Hoy, en cambio, aquellas hipótesis están puestas en cuestión...

—Esa absurda generalización nació en el Tratado de Versalles, con el que

dios es innegable. Pero, efectivamente, tablero de ajedrez todas las piezas y no sólo tres o cuatro.

—El reconocimiento colectivo del papel que árabes y judíos jugaron en la historia de España ha costado muchos esfuerzos. Ahora, en cambio, parece haber, además, una cierta tendencia mitificadora, sobre todo con respecto al mundo árabe...

bido entre nuestros hombres cultos un exceso de inclinación al preciosismo, a la floritura, y así estamos donde estamos.

—En 1961 publicó «Las brujas y su mundo», uno de los libros que más se han leído de su producción. ¿Cree usted que la persistencia de una mentalidad mágica específica en las zonas rurales del País Vasco y Navarra, al cruzarse con otros procesos sociales y políticos, ha influido en la historia posterior de esas zonas?

—Sí. Esa forma tan estridente de vivir colectivamente el bien y el mal, la conciencia de que hay un mundo exterior del mal, una asechanza perpetua, ha tenido gran influencia. La Iglesia del País Vasco también ha cooperado en la perpetuación de esa dicotomía que yo he conocido, algo transformada, desde que era joven: los que ballaban agarrado y los que no, los que iban a misa y los que no, los de dentro y los de fuera.

—En un artículo reciente, en la revista «Muga», del País Vasco, comparaba a ETA con movimientos como la Camorra y la Mafia italiana. ¿Puede resumir los fundamentos de esa comparación?

—Efectivamente; en mi opinión, los etarras van pareciéndose cada día más a ese tipo de movimientos, básicamente juveniles, que se inician con un ideal de libertad y de defensa frente a agresiones exteriores y que, paulatinamente, van aguzando su capacidad agresiva a la vez que pierden su no excesiva cordura intelectual. Lo típico de esos grupos es que la misma actuación toma un cariz de alud y les impide retroceder, ya que el fin va siendo olvidado y los medios se van convirtiendo en fin. De esta manera llegan a organizar sus propios tributos de guerra, extorsiones y agresiones, y tratan de dominar en su área de acción mediante la coerción. Claro que alguien dirá que todos los Estados disponen, asimismo, de sus propios sistemas de tributación y coerción y ejercen cierta violencia sobre los ciudadanos; pero la diferencia fundamental estriba en que esas formas de dominación y coerción de los Estados pueden ser discutidas, corregidas, en los parlamentos y mediante leyes. En cambio, en las sociedades secretas no hay posibilidad de dialogar ni de corregir nada. Son un callejón sin salida: ahí está la Mafia, que nació en el siglo XVIII con el proyecto político de enfrentarse al poder absoluto de los Borbones que gobernaban Nápoles y Sicilia, y ahora resulta que esa monarquía desapareció hace muchos años y que, en cambio, la Mafia sigue existiendo y que sus estructuras organizativas y sus medios de acción han sido exportados a otros países.

—La inflexibilidad moderna de los Estados, su galopante militarización parecen reducir al mínimo las posibilidades de los ciudadanos de controlar la evolución de la sociedad. Gran parte de un país —no sabemos si la mayoría, porque no admiten un referéndum— puede estar en contra del ingreso en una alianza militar; poblaciones considerables de una región pueden oponerse a las centrales nucleares... Pero todo es inútil; los Estados siguen, inexorables e inconvertibles, su marcha. Una cuestión de honor les conduce a la guerra y al atizamiento del patriotismo más ciego, tal y como observamos en los bandos enfrentados en las Malvinas. Todos estos malos ejemplos aumentan la sensación de impotencia de la gente y tornan imprevisible la evolución de la violencia. ¿Ve usted algún remedio?

—Mi experiencia es que todo nacionalismo llevado a su exclusividad y fundamentalismo es un peligro para el hombre libre: el nazismo alemán, el chauvinismo francés, el patriotismo franquista, el fanatismo etarra... son siempre una amenaza de tiranía. Quien idolatra la nación como homogeneidad impuesta ve el mundo dividido entre «buenos» y «malos», y querrá imponer su patrón de bondad. Lo que no sé es qué formas de respuestas son adecuadas ni si están todas abocadas a la derrota. Los movimientos de masas, por otro lado, son impredecibles, pese a los trabajos y análisis de tantos y tantos estudiosos: Le Bon, Ortega, Casetti...; el caso es que sus estudios, con todo lo interesantes que nos puedan parecer, no nos sirven de nada a la hora de predecir el comportamiento de las poblaciones.

BAROJA

los aliados, tras destruir el Imperio Austro-Húngaro, tenían interés en reconstruir a su gusto el mapa centro-europeo. Pero lo cierto es que la política, la cultura y la lengua caminan, al menos en parte, cada una por su lado. La historia abunda en ejemplos que son la contradicción de casi toda norma abstracta. Ahora bien, tampoco se puede negar que un idioma tenga tendencia a ejercer presiones con objeto de alcanzar una unidad política: ése es el caso de Cataluña, Irlanda o Euzkadi. Pero entonces se trata de una «voluntad de existencia», no de una realidad histórica.

—Ni el lenguaje, ni la geografía, ni la etnia, ni la religión, ni la unión de todos estos factores explican de manera universal la aparición de una conciencia de identidad nacional en los pueblos. Según ciertos antropólogos, dicha conciencia activa de identidad nacional se produce, en muchas ocasiones, cuando un grupo social determinado se ve amenazado por otro u otros de mayor envergadura. ¿Qué opina al respecto?

—Creo que como esquema general es válido, pero habría que hacer matizaciones para cada caso. En lo que concierne al País Vasco, hay nacionalistas que consideran que los vascos han perdido tres guerras civiles —las dos carlistas y la del 36— y terminan basando la unidad ideológica del país en esas derrotas. Pero lo cierto es que, tras esos fracasos, Euzkadi entró en periodos de prosperidad, lo que parece contradictorio y revela que no se puede identificar el carlismo con el País Vasco de aquella época. Por otro lado, no se puede hacer lirismo en torno a los carlistas —eso ya lo hizo Marx—. Pero, hoy en día, pensar que el carlismo representa mayores dosis de libertad es algo de risa. Hay que recordar que, junto a las libertades forales, había grandes dosis de teocracia, de inquisición y que los «jauntxos» manejaban las Juntas a su gusto. Se suele acusar a los liberales de que querían entregar el poder al Gobierno central; pero si era así es porque precisamente no veían forma mejor de garantizar las libertades.

—Durante la década de los años 40 fue usted adentrándose en estudios históricos y etnológicos que afectan a pueblos y épocas diversas del pasado de la Península: «Los pueblos de España. Ensayo de etnología» (1946), «Análisis de la cultura» (1949), «España primitiva y romana» (1957), «Los moriscos del reino de Granada» (1957), «Estudios mogrebies» (1957), «Razas, pueblos y linajes» (1959), «Los judíos en España moderna y contemporánea» (1962), «Ritos y mitos equívocos» (1974)... Aunque la pregunta sea un poco abusiva, ¿tenía usted algún objetivo central al abordar estas investigaciones?

—Hay que tener en cuenta que yo nací en la época de los grandes historicismos románticos, en la que los maestros de la historia española veían nuestro país como el largo camino de una Unidad que venía desde la prehistoria. El providencialismo y la fuerza mística se aunaban para forjar los destinos de una patria que parecía ya concebida por nuestros ancestrales antepasados. El franquismo llevó estas tendencias históricas hasta su propia caricatura y yo, como algunos otros, quise indagar y escribir de multitud de otras realidades: de pueblos que habían seguido procesos particulares y diferenciados, de encrucijadas hispánicas y europeas, y de algunas minorías, como los moriscos, los descendientes de los judíos y algunos otros grupos. Creo



en suma, que traté de poner sobre el —ese papel histórico de árabes y judíos— también hay ilusos que quisieran jugar a la Edad de Oro islámica, lo cual me parece el extremo opuesto, e igual de erróneo, de quienes han heredado la obsesión por la pureza de la sangre. No se puede, ahora, estar a favor de los cristianos de Covadonga ni de los califas de Córdoba. Sólo nos queda la posibilidad de entender las vicisitudes en que unos y otros se vieron envueltos. Y aun eso nos resulta, a veces, demasiado ininteligible.

—La pérdida y desvitalización de tantas formas autóctonas de vivir, la corrupción de las fiestas, cuyo entramado recogió en libros como «El carnaval» o «La estación de amor»; el desastre de la cultura popular, rural, deben haberle transmitido una sensación de impotencia y una visión muy real de la debilidad de las creaciones humanas...

—Efectivamente, a veces me parecía que mi tarea consistía en ir extendiendo papeletas de defunción. Es una demencia que nuestra civilización de consumo, aquella generación de ingenieros desarrollistas de los años sesenta, hayan ignorado que las cosas modestas también valen la pena. Desde luego, este país ha carecido de la conciencia del valor de la cultura popular, tanto en el arte como en las costumbres. La música alemana arranca del gran amor que se tenía a los aires y a las tonadas populares. Aquí, por el contrario, la cultura ha sido siempre aseptada, cosa de leguleyos, aristócratas y burgueses. Salvo algunos costumbristas y realistas, los escritores y pintores apenas se han ocupado de la vida del pueblo y, cuando lo han hecho, ha sido para describirlo con aires tremendistas, equiparándolo a lo bárbaro, como Solana.

—Tal vez la escasa importancia concedida a la etnografía y a la antropología haya contribuido a esa desvalorización moderna, a esa pérdida de sentido de tantas prácticas sociales, formas de vida y mecanismos de convivencia que los siglos habían apuntalado...

—Sí; creo que ha habido desprecio e incompreensión por parte de las fuerzas pedagógicas, empezando por los maestros de los institutos. De manera que un poemita antiguo de un escritor de quinta línea o un viejo altar del barroco o la escultura de un epígono siempre han despertado más atención que el saber etnográfico entero. Ha ha-

Escribe Francisco FLORES ARROYUELO

En "Itzea", en los años sesenta

UN día de junio de mediados de la década de los sesenta, después de andar arriba el camino que acompaña al Bidasoa, llegué a Vera, el pueblecito que un día ya lejano escogió Pío Baroja para asentarse en tierra vasca. Era todavía Vera un hermoso pueblo fronterizo, por más que salpicasen ya las primeras señas que hablaban del aceso industrial, ruidos mecánicos, edificaciones mastodónticas... y otros aditamentos que en los años siguientes irrumpirían de forma implacable.

Allí, en el barrio de Alzate, separado de las primeras rampas del camino que gana la línea de Francia por el arroyo de las Lamias, estaba el caserón de los Baroja, «Itzea», fuente de mil recuerdos y resonancias literarias y símbolo de una postura ante la vida para los que, como yo, en aquella España de mediocidad, continuada después por una copiosa tradición, concejales y restauradores de paradores de turismo, por decirlo de alguna manera, habíamos aprendido en los libros de don Pío lo que era la independencia y el precio que había que pagar por ella.

«Itzea» era una laguna de vida salvada en aquella comedia bufa gracias al amor que los familiares del novelista habían sabido darle: allí encontré un ámbito, un mundo..., pero no cerrado, sino, por el contrario, abierto al mundo desde la sensibilidad, desde la sabiduría; allí encontré una biblioteca increíble, que me abrió de par en par muchas de las claves que guardaban las novelas históricas de don Pío en las que andaba trabajando; allí encontré una naturaleza que me explicó dónde estaba la razón de ser de gran parte del universo creado por el novelista; pero, sobre todo, allí encontré un hombre en el que se quintesenciaba todo esto, Julio Caro Baroja, que desde su soledad y el silencio marcaba un sendero que debía seguirse.

En los años siguientes, durante el verano, junto a Julio Caro acostumbamos a reunirnos unos cuantos muchachos: Antonio Regalado, Luis Urrutia y otros, entre los que no faltaban historiadores y etnógrafos americanos, ingleses... Si en un principio, en gran parte, lo que nos unía era la obra de Baroja y el lugar increíblemente hermoso que era Vera, muy pronto nos llamó y ganó la persona y la obra de Julio Caro, un hombre en el que se unía el recuerdo vivo junto a la ironía y la inocencia, la inteligencia y la elegancia, la sabiduría y la comprensión, y que nos hablaba de la única manera posible: desde la autenticidad y la fuerza moral. Pero este hombre era además el creador de una obra que si hemos de calificarla dentro de lo que la historiografía española dio de sí, diríamos que era rara, sumamente rara, hermosamente rara, y que muy pronto supo captarnos. Por aquellos años, Julio Caro Baroja publicó libros fundamentales que mostraban una riqueza fabulosa de conocimientos, de capacidad interpretativa. Julio Caro Baroja, desde la soledad, con sus solas fuerzas, humildemente, estaba dándonos una de las obras más impresionantes de este siglo.

Pero no es mi intención, en las limitadas posibilidades expositivas de un artículo, hablar de las dimensiones de su obra, sino de algo mucho más concreto. Julio Caro Baroja ha sido visto, por ejemplo, por Davydd Greenwood, como un historiador poderoso que procura una visión de historiador social fundamentada en la antropología, la lingüística, la tecnología, el arte..., y así es, pero lo que no encontramos en estas opiniones es el origen de su obra, porque su obra, ante todo, es continuación de la obra de su tío, Pío Baroja, y de tal manera esto es así que sería muy difícil explicar la una sin la otra. Una disposición común ante la vida y ante el hombre y una intención común de comprensión de ese hombre y esa vida están presentes en ambas obras. Muy pocos temas analizados desde el andamiaje de la ficción por Pío Baroja, y no solamente en pequeños roces superficiales. Cuando en La venta de Murambel nos encontramos a un chararero que busca libros de la Inquisición y de brujería y habla de que ha encontrado varios de autores como Francisco Torreblanca, el padre Ciruelo, Pierre de Lancre..., y lo comenta, está adelantando unas claves de un mundo cerrado que entreabría Julio Caro años después al ocuparse de ese cúmulo de obras de este tema que le esperaban en una sección de la biblioteca de «Itzea».

La obra literaria de Pío Baroja y la obra científica de Julio Caro Baroja forman un todo que se nos antoja inseparable. En un mundo como el de hoy, donde la pirueta intelectual del especialista, en presentación aséptica e inodora, se nos ofrece como un algo de consistencia última cuando en realidad es un ejercicio de habilidad gimnástica que no viene a cuento, su obra se nos muestra como un cuerpo que imparte, por encima de todo, fe en el trabajo del hombre hecho desde la inteligencia, la sensibilidad y sus propias fuerzas y, también, luz que esclarece enigmas y secretos y ejemplo que debemos seguir...

Escribe Manuel CEREZALES



Angel María de Lera, con "Secuestro en Puerta de Hierro"

ANGEL María de Lera continúa en esta novela la línea narrativa que le ha deparado éxitos, premios literarios y un público fiel; un tipo de novela tradicional, realista, con argumento hábilmente desarrollado, a fin de excitar gradualmente la curiosidad del lector, manteniendo hasta el desenlace un clima de expectación. Como narrador de pluma fácil y amplios recursos, no dejó de probar sus dotes en otras modalidades del género, con incursiones incluso en la narrativa fantástica, aunque lo suyo es esta fórmula de novela bien construida, escrita con naturalidad, no desprovista de calidades literarias, en un lenguaje sencillo y directo, de lectura sin complicaciones.

EL terrorismo, como fenómeno contemporáneo, cuenta con abundante bibliografía en el campo de la narrativa. Tema sugestivo para el narrador por el dramatismo de las situaciones que propicia y por responder a una preocupación social como uno de los problemas más acuciantes de nuestro tiempo. Problema que está en la calle, pasto de conversaciones; en las esferas de la política, quebradero de cabeza para gobernantes y noticia casi diaria en las páginas de los periódicos. Ahora bien, Angel María de Lera, narrador nato y siempre atento a las cuestiones palpitantes de la época, no podía allanarse a pergeñar un relato superficial con la descripción de hechos y tipos inspirados en sucesos reales de gran resonancia, divulgados por los medios de comunicación social, sino que se ha planteado el tema como área de observación e investigación del medio social y político en que se produce. El hecho mismo que se narra en la novela no difiere sustancialmente de las referencias de casos similares realmente sucedidos; antes bien, parece que el novelista ha querido acentuar la semejanza para poder examinar implicaciones que yacen bajo la superficie. En este aspecto, se acerca a la novela-reportaje y se diferencia de ella en

que «Secuestro en Puerta de Hierro», aunque siga una pauta parecida a la de sucesos sensacionales que están en la memoria de todos, es producto de la imaginación, sin claves ni disimulos que obliguen al autor estampar la consabida frase de que «cualquier semejanza con hechos o personas reales es coincidencia casual».

SE cuenta en el relato el secuestro de un poderoso industrial por cuya libertad exigen los secuestradores una elevada suma. Intervienen en el conflicto dos grupos humanos antagonicos: el mundo industrial y financiero al que pertenece la víctima, y la organización terrorista que lleva a efecto el golpe criminal. El autor ha estudiado sus ambientes y el funcionamiento y los resortes que mueven a unos y otros. El secuestro conmueve al mundo de las finanzas, en el que apuntan ciertas maniobras e intenciones de sacar partido de la situación en que el secuestrado deja a sus empresas. Son meras insinuaciones que tienden a mostrar al sector financiero actuando, no urgido por sentimientos ni fines humanitarios, sino por el deseo de acumular riquezas y disfrutar de la preponderancia social del dinero.

LA trama de los secuestradores es más compleja. Tras los ejecutores del secuestro se ocultan fuerzas internacionales con designios más importantes que la simple obtención del alto precio puesto al rescate. Se dejan entrever motivos de mayor alcance que los lucrativos, puesto que el secuestro, combinado con acciones de otro tipo, persigue objetivos de carácter político y revolucionario. Este es, en síntesis, el planteamiento de la novela, aunque el autor no va al fondo del asunto, ya que deja puntos sin aclarar, tal vez por creer que la peculiar naturaleza del fenómeno exige que en la ficción se desenvuelva en la misma atmósfera nebulosa que lo rodea en la vida

real. En este sentido se limita a emitir ciertas señales que pongan en acción la capacidad imaginativa del lector.

EL asunto de la novela gira en torno al personaje principal, el industrial secuestrado, que es también el tipo retratado con mayor precisión y verosimilitud, el que está observado más de cerca, en su interioridad y en el entorno familiar; quizá también porque sobre él, hombre emprendedor y extraordinariamente activo, reducido a inmovilidad e impotencia, se proyecta con más intensidad que sobre ningún otro la acción dramática. Sin embargo, el autor no saca, a mi modo de ver, el rendimiento debido a otros personajes —los autores materiales del secuestro—, antiguos revolucionarios, que, desengañados del fracaso de sus ideales subversivos, se convierten en delincuentes profesionales. La marginación a que les ha reducido la lucha ilegal y clandestina, les incapacita para reintegrarse en un modo normal de vida. El proceso psíquico, analizado con hondura, que pudo dar una mayor consistencia a la materia narrativa, se contrae al esbozo de figuras de indecisa constitución psicológica, cuyas reacciones no se avienen con sus caracteres ni con sus antecedentes biográficos. Cada uno de ellos es el eje de una historia individual, vista mediante soliloquios rememorativos de la aventura, trazada de manera sintética, de sus vidas frustradas. La esquematización hace pensar que la novela, bien meditada en su planteamiento, ha sido apresuradamente escrita.

DE todos modos, el dramatismo de la acción, el poder comunicativo del estilo del autor y su cierta exposición, contribuyen a que el relato alcance los grados de interés, de emoción y de amenidad que caracterizan la narrativa del popular autor.

Angel María de Lera, «Secuestro en Puerta de Hierro». Editorial Planeta, S. A. Barcelona, 1982.

Homenaje a Dámaso Santos

Cuarenta años de crítica literaria y generoso apoyo a los escritores

LA familia literaria quiere rendir homenaje a Dámaso Santos, Escritor y crítico literario, premio nacional de Literatura, actual presidente de los premios de la Crítica. Quiere rendir homenaje a sus cuarenta años de dedicación a la tarea literaria y al generoso aliento y estímulo que a lo largo de tanto tiempo ha venido prestando a las sucesivas promociones de escritores. Testimoniado todo ello en periódicos, revistas y medios audiovisuales, especialmente en suplementos y páginas culturales, como las del diario PUEBLO que viene realizando desde hace casi tres décadas.

El acontecimiento tendrá lugar en el Círculo de Bellas Artes (calle Alcalá, número 42), en el transcurso de una cena-homenaje que celebraremos el próximo jueves día 3 de junio de 1982.

Las reservas se podrán efectuar en la Asociación Colegial de Escritores (Alcalá, 42, despacho 45, teléfono 2212479) y en la galería Rayuela (Claudio Coello, número 19, teléfono 2753146). Horarios: A.C.E., 17 a 20 horas; galería Rayuela, de 11 a 14 y de 17 a 21 horas.

Convocan: Asociación de Escritores y Artistas, Asociación Colegial de Escritores, Asociación de Críticos Literarios, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Emilio García Gómez, Camilo José Cela, Miguel Delibes, Gonzalo Torrente Ballester, Guillermo Díaz-Plaja, Luis Rosales, Manuel Alvar, Emilio Alarcos Llorach, Manuel Díaz Alegría, Joaquín Calvo Sotelo, Antonio Buero Vallejo, Pedro Laín Entralgo, Pedro Sainz Rodríguez, José García Nieto, Julián Marías, José Manuel Blecua, Francisco Ayala, Ricardo Gullón, Francisco Giner de los Ríos, Manuel Andújar, Aurora de Albornoz, Angel Lázaro, Julio Caro Baroja, Federico Sopena, Pablo Serrano, José Hierro, Eusebio Sempere, Antonio Bonet Correa, Francisco Yndurain, Antonio Fernández Alba, Juan Luis Cebrián, Manuel Cruz, José María Castañón, Luis María Ansón, Manuel Calvo Hernando, Pedro de Lorenzo, Baltasar Porcel, Rafael Conte, Pablo Corbalán, Pedro Crespo, Luis Suñén, Luis Jiménez Martos, Antonio Fontán, Manuel Martín Ferrand, Ramón Villot, Claudio Rodríguez, Francisco Brines, Domingo Pérez Minik, Fanny Rubio, Francisco García Pavón, Angel María de Lera, Manuel Cerezales, Leopoldo de Luis, Andrés Amorós, Carlos Barral, Joaquín Marco, Enrique Sordo, Antonio Blanch, Pere Ginfrer, Juan Ramón Masoliver, Andrés Soré, Ana María Navales, Sabino Ordás, Gaspar Serrano, Blanca Ruiz Nin, José Luis Merino, Juan Pedro Aparicio, Luis Mateo Díez, Luis Alonso Luengo, José Luis Abellán, José María Guelbenzu, Gustavo Domínguez, Jesús Fernández Santos, Jaime Salinas, Valentín García Yebra, César Antonio Molina, Fernando Savater, García Hortelano, José Luis Aranguren, José Manuel Lara, Hipólito Escolar, José Luis Castiello-Puche, José Luis Cano, Carmen Martín Gaité, Francisco Umbral, Pedro J. Ramírez, Guillermo Luca de Tena, J. J. Armas Marcelo, Félix Grande, Luis Antonio de Villena, Francisco Rivas, Andrés Traviello, José Antonio Uzalde, José Luis Jover, Fernando Quiñones, Rafael Montesinos, José Mario Artero, Juan Gyenes, Alfonso Canales, Alfonso Grosso, José Manuel Caballero Bonal, Marcos Ricardo Barnatán, Ramón Hernández, Miguel Fernández Brasso, Basilio Gassent, Manuel Muñoz Hidalgo, Jacinto López Gorge, Antonio Hernández, Fernando Delgado, Leopoldo Azancot, Juan Manuel Bonet y Alfonso Martínez Mena.



Escribe Jacinto LOPEZ GORGE

HOMENAJE A ANGEL MARIA DE LERA, EN LA LINEA

EN el Campo de Gibraltar, por estos días, un nutrido grupo de miembros de la Asociación Colegial, que preside Angel María de Lera, está participando en un ciclo sobre «El escritor y su obra». Lauro Olmo, Carlos Muñoz, Ramón Hernández, Gregorio Gallego y el propio Lera son los escritores itinerantes que, a la sombra del Peñón —o con el Peñón al fondo, para ser más preciso—, hablan de sus respectivas obras a las gentes de este lado de la verja. Pero hay más. El Ayuntamiento de La Línea ha dado nuevo nombre a una calle: la de Angel María de Lera, que rememora su estancia allí durante la guerra civil y su huida a Gibraltar. Y aprovechando la presencia del grupo por aquellos pagos, el Ayuntamiento linense ha rendido homenaje al novelista de «Las últimas banderas» descubriendo la lápida que da nombre a esa calle.

UNAS CARTAS DE MACHADO Y OTROS MANUSCRITOS A SUBASTA

ESTA siende muy comentada en los mentideros literarios cierta subasta, en la que entran hoy veintinueve cartas de Antonio Machado a Ernestina de Champourcin y Juan José Domenchina, del que Ernestina es viuda. Se subastan también dos artículos y otros manuscritos de originales

poéticos, que alguien los recibió de Machado o de sus herederos, y que guardaba celosamente hasta hoy. El lote, de salida, lo han puesto en un millón de pesetas. Y a ver quién da más. Supongo que las cartas al menos son propiedad de Ernestina de Champourcin. ¿Pero por qué las vende? Como cunda el ejemplo, pronto vamos a ver más cartas de Machado en las subastas esas. En esas o en otras. ¿No se subastarán también las cartas a Guiomar? Claro que para estas más famosas cartas —en una fama creciente que parte del libro de Concha Espina y concluye en las memorias de Guiomar, pasando por el libro de Moreiro— se partiría de otra cotización en la subasta. Y ello, pese a que en el suplemento «Disidencias», de «Diario 16», se decía, a propósito de la nueva edición del libro de Moreiro, que Guiomar «guardaba unas bastantes cursis y apasionadas cartas de Machado».

GUILLERMO DIAZ-PLAJA PRESENTA SU LIBRO NUMERO 200

CON «Lo social en D'Ors y otros estudios» el prolífico Guillermo Díaz-Plaja acaba de publicar su libro número 200. Alcanzar esta cifra en la bibliografía de un autor no es moneda corriente en el mundo de las letras españolas. Y el Ateneo de Madrid ha querido prestar relieve a la ocasión organizando un acto de presentación de ese libro a modo de homenaje a nuestro muy querido Guillermo Díaz-Plaja. Intervinieron en el homenaje Alberto Espondabura («El estudio de lo social en Eugenio D'Ors»), Leopoldo de Luis («La poesía de Guillermo Díaz-Plaja»), José Gerardo Manrique de Lara («Díaz-Plaja ensayista»), Pedro Sainz Rodríguez («Un catalán en la cultura española»), Dámaso Santos («La obra de Guillermo Díaz-Plaja») y Francisco Yndurain («Lo docente en Díaz-Plaja»).

OTROS ACTOS Y ALGUN PREMIO

PERO en esta semana hubo otros actos. Prosiguió el ciclo del Primer Encuentro de Poesía en Amadís con la lectura de poemas de César Antonio Molina, a la que seguirán, para finalizar el ciclo, las de Juan Manuel Bonet, Antonio Carvajal y Jaime Siles.

Otros dos ciclos que esta semana concluyeron: el del Centenario de Santa Teresa, con conferencia final de Pedro Sainz Rodríguez, y el del XL Aniversario de la muerte de Miguel Hernández, con disertación de Jacinto López Gorgeña. En la Tertulia Hispanoamericana, Manuel Mantero presentó su libro «Memorias de Deucalión», con palabras previas de Antonio Hernández. En el Club Urbis, Luis Jiménez Martos fue «El autor frente a su obra», presentado por Jesús Riosalido. También Octavio Uña, presentado por Manuel Quiroga Clérigo, leyó poemas en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Y hoy, viernes, lo hace Antonio Hernández («Mi poética y mi poesía»), en la Fundación Universitaria Española, mientras que en el Colegio Mayor Guadalupe, Hilda Perera presenta su novela «Plantado», de Editorial Planeta. Recojo también aquí el Premio de Honor de las Letras Catalanas, que esta vez ha recaído en el mallorquín Josep Maria Llompart, a quien el pasado año concedimos el Premio de la Crítica correspondiente a poesía catalana por su libro «Mandràgoras».

EL HOMENAJE A DAMASO SANTOS YA EN PLENA FERIA DEL LIBRO

ESTA semana se ha inaugurado también la Feria del Libro, que ya no depende del Instituto Nacional del Libro Español. Ahora son los libreros y editores de Madrid los que, con el patrocinio del Ayuntamiento y otras entidades, se responsabilizan de la organización de la feria del Retiro. Con la esperanza de que este año no llueva, se abren los «stands» al curioso lector que, sin duda, abarrotará la feria y comparará libros y libros. No todo son mirones, y los índices de venta alcanzarán, al menos, las cifras de otros años. Coincidiendo con la feria, eso sí, en el INLE se fallará el premio Juan Ramón Jiménez, para libros de poesía, publicados en el 81, de autores que no rebasen los cuarenta años de edad. Y ya en plena Feria del Libro —definitivamente el 3 de junio y en el Círculo de Bellas Artes— la cena-homenaje a Dámaso Santos, en cuya preparación se trabaja intensamente. Ya lo saben los amigos de nuestro Dámaso Santos: Círculo de Bellas Artes, 3 de junio, 9,30 noche.

En el día de las letras gallegas

Un poeta paisajista: Amado Carballo

Escribe: Salvador LORENZANA (*)

NACIDO en Pontevedra en 1901 y fallecido en 1927 en la misma ciudad, Amado Carballo se singularizó, durante su breve existencia, como un poeta de su tierra y de su tiempo. El puesto que ha ocupado, y ocupa, en el mapa del renacer literario gallego tiene una característica significativa. Su obra del poeta señaló un acento de vanguardia en una época de renovación de la poesía autóctona. Su lírica se expresó en un verso sencillo, colmado de galleguidad campesina, pero sentidora también de devociones cosmopolitas. En «Proel» y en el libro póstumo «O Galo», Amado Carballo creó un arte sensual, pleno de cromatismo.

Su poesía, revelada en las postrimerías de la segunda década del siglo y comienzos de la siguiente, era una poesía nueva, aunque vertida en formas antiguas. Tradujo en ella, sobre todo, la gracia barroca del campo gallego. El campo y el poeta se unieron tan estrechamente entre sí como los griegos a sus mitos. Fue por eso Amado Carballo un poeta aldeano, campesino, y a veces marinero. Como dijo con acierto uno de los más agudos críticos de su obra: «Un pantemismo vivificante informa su lírica. Los seres del paisaje cobran en ella un protagonismo activo. Las fuentes, los pinos, los caminos, bailan, cantan, hablan, ríen... El poeta se embriaga en un mundo de regateos, cielos, árboles, pájaros, grillos. Ese mundo es su verdadero mundo.»

Indudablemente, Amado Carballo se complacía en remansar su atención en los personajes de la Naturaleza, amorosamente, voluptuosamente. Gustaba de las soledades aldeanas en las roledas o en el vicio de las praderías. Por eso sus versos reflejan un deleite casi físico ante la sensible belleza del paisaje. Ese amor tan suyo por las cosas de la naturaleza gallega, ese entusiasmo por la vida bucólica de las aldeas, impregna siempre el acento de su poética.

PERTENECIO el autor de «Proel» a una generación —la que ha dado en llamarse generación de 1925— caracterizada por un estilo muy literario, esteticista y en estrecho contacto con el movimiento vanguardista español. Sus poemas —con los de Manuel Antonio, la otra gran figura generacional— constituyeron la aportación más interesante a la lírica gallega de su tiempo. Adquirieron tanto éxito que llegaron a convertir la voz de su autor en una voz mítica. Combinando una imaginaria de raíz vanguardista con metros y ritmos populares supo ofrecer Amado Carballo, en sus versos, una visión plástica y animadora del paisaje. Al igual que Manuel Antonio bebió en las fuentes de la nueva poesía latino-americana y europea de aquel entonces. Pero con una diferencia que ha señalado con acierto un joven escritor: «La diferencia radica en que la alta pureza intelectualista de aquél, claro dogmatismo inconsciente, se ven sustituidos en este otro por un sensorialismo general, y a veces por estructuras es-

tróficas y discursivas popularistas.

Luis Amado Carballo ofreció la particularidad de haber creado escuela en Galicia. Muchos de sus coetáneos, y algunos poetas de después, lo imitaron o lo secundaron. Sin embargo, ninguno de ellos llegó a alcanzar la línea creadora del modelo. Sus epígonos y sus inducidos apenas si contribuyeron, en muy escasa medida, a enriquecer el mundo imaginista descubierto por él. Hoy, la poesía amadocarbaliiana ha perdido eco y proyección. Se le reconoce, naturalmente, el valor histórico que representó en la lírica gallega contemporánea. Pero, desde la perspectiva actual, se entiende que su obra quedó relegada a la época vanguardista, o cuando más a la que protagonizaron sus inmediatos seguidores. Los sucesivos cambios que ha experimentado la poesía gallega a partir de entonces, se desentendieron plenamente de un estilo poético que había mantenido una larga continuidad.

La escuela de Amado Carballo perdió, pues, en el tiempo presente, la vigencia que tuvo entre sus coetáneos y sus epígonos. Los poetas de promociones posteriores, superando su esteticismo, comenzaron a abrir nuevos caminos. Hablamos de los que valoramos como poetas mayores. Algunos de ellos ensayaron una dicción serena y clásica, con frecuencia relativa al mundo de lo cotidiano y de lo íntimo. Unos pocos más hicieron una poesía de resonancias latinas que evocaba con voz potente la Galicia campesina del interior. Y otros, en fin, siguiendo la tradición civil que había informado un sector minoritario de la poesía gallega hasta Cabanillas, retomaron el camino de recuperación del compromiso social.

Cabe señalar que, paralelamente a esta recuperación del realismo social, los poetas de que hacemos mención restauraron la que pudiéramos llamar poesía intimista; una poesía que, con posterioridad al vanguardismo —y con la excepción del requintado y sombrío superrealismo de Luis Pimentel— había sido ahogada por el imaginismo. Los poetas de después sintonizaron con las corrientes en boga. Y en la actualidad, los jóvenes que hacen su aparición en la lírica gallega están creando otras formas de expresión determinadas por los nortes de esta hora.

En todo caso, todos reconocen que la lírica del poeta pontevedrés —que tanto eco tuvo en Galicia hasta la década de los cincuenta— señaló un acento de novedad en su tiempo. La conmemoración de este «Día das Letras Galegas» constituye un merecido homenaje a un paisajista poético; un pasajista con riqueza cromática, y abundancia de tonos y calidades. Todos sus poemas están trascendidos de una Galicia antigua, así como de una inquietud lírica que sirvió para que el propio Amado Carballo narrase su visión sensual de las cosas.

(*) Es el seudónimo de Francisco Fernández del Riego quien es entrevistado en estas mismas páginas por César Antonio Molina.

ENTREVISTA A FRANCISCO F. DEL RIEGO

Escribe: César Antonio MOLINA

A finales del pasado año, la Fundación Pedro Barrié de la Maza le otorgaba al escritor Francisco Fernández del Riego su anual premio consistente en una subvención económica de por vida. Este galardón lo han ido disfrutando las más importantes personalidades literarias de Galicia en los últimos tiempos: Cunqueiro, Blanco Amor, Anxel Fole, etcétera. Con ello se reconocía la muy meritoria labor de uno de los más importantes divulgadores de la literatura gallega. Francisco Fernández del Riego es autor de numerosos artículos críticos, ensayos, trabajos de historia de la literatura gallega y antologías. Cos ollos do noso espírito, Galicia no espello, La obra de una generación, Un país e unha cultura, Historia de literatura galega, Escolma de poesía do século XIX, Os contemporáneos, Letras de noso tempo, A vida e a obra de Antolín Faraído, son algunos títulos de su dilatada bibliografía. En la actualidad acaba de terminar al versión al castellano de la obra de Alvaro Cunqueiro Tesouros novos e vellos (para la editorial Destino), que fue su discurso de ingreso en la Academia Gallega. Lleva un prólogo de Rof Carballo y un epílogo con la contestación de Fernández del Riego, Profesor auxiliar de Derecho Civil en la Universidad de San-

co, Castelao, etcétera. Esta nueva estaba formada por Bouza, Brey, Filgueira Valverde, Tobo... Con posterioridad llegamos al Seminario gentes como Carballo Calero, Cunqueiro, Aquilino Iglesia. Yo intimé mucho con estos dos últimos. Entre estas generaciones existió siempre una gran relación e intimidad. Con respecto a Galicia todos manteníamos la misma línea de nacionalismo, siguiendo las directrices de la generación NOS. Realizábamos una labor de exaltación de lo propio, pero siempre vinculado a un movimiento europeísta y universal. Es decir, pensábamos que en generaciones anteriores había una propensión desmesurada hacia el localismo desentendiéndose de lo que ocurría fuera.

—Sin embargo, al estallar la guerra civil muchos de los componentes de estas generaciones culturales tomaron partidos diversos...

—Sí, claro. Por ejemplo, Cunqueiro estaba en su momento poético más prometedor. Todos nos dispersamos. Él estaba en Ortigueira de profesor en un colegio particular y era correspondiente del «Pueblo Gallego». Suevos, que era su director por aquel entonces, quedó admirado de su estilo y lo llamó a Vigo. Luego se incorporaría a «La Voz de España», de San Sebastián,



De izquierda a derecha: Manuel Cereales, Domingo García-Sabell, Francisco F. del Riego y Alvaro Cunqueiro.

tiago, después de la guerra civil se estableció en Vigo. Fue cofundador de la Editorial Galaxia y es el codirector de la revista «Grial». Miembro numerario de la Academia Gallega, del museo Carlos Maside y del Patronato Otero Pedrayo, está al frente de la Biblioteca Penzol.

—Pero F. F. del Riego ha sido también un testigo excepcional de la vida literaria en Galicia durante las últimas décadas cubiertas de relevantes escritores que han llevado al gallego a una edad dorada en su literatura.

—El escritor con el que tuve una mayor intimidad fue Alvaro Cunqueiro. Él había nacido en Mondoñedo y yo en Villanueva de Lorenzana, a sólo 7 kilómetros. Posteriormente coincidimos estudiando el bachillerato en Lugo y, más tarde, en Santiago. Cunqueiro venía en época de exámenes y nunca se examinaba. En Santiago entramos en relación con todos los intelectuales de los años 30, Luis Manente, Martínez Barbeito, Luis Seoane, Carlos Maside, el escultor Eirca, Arturo Cuadrado, etcétera. En aquella época estaba en funcionamiento el Comité de Cooperación Intelectual. Fue cuando llevamos a Lorca para que pronunciara una conferencia allí. Me acuerdo de él perfectamente. Lo fuimos a recibir al Castromill porque venía de La Coruña. Su conferencia era en el Colegio San Clemente; en el momento de ir a iniciarla, de forma muy teatral, fingió el haber perdido sus papeles. Habló con gran brillantez sobre poesía, aunque yo ahora no recuerdo el tema concreto. Lorca estuvo esos días con nosotros, pero fundamentalmente con Martínez Barbeito. Ambos fueron un día, por la mañana, a ofrendar un ramo de flores ante la tumba de Rosalía. Federico hablaba con una gran locuacidad. Nos contaba sus ideas sobre Galicia y quería dejar constancia de los conocimientos de nuestra lengua y nuestra literatura. Recuerdo que nos habló de la toponimia de las Alpujarras, debida a la presencia gallega durante la época de la Reconquista. Conocía muy bien los cancioneros medievales, a Rosalía y le interesaba mucho Ponal. Después estuvimos con él en el Hotel Compostela, donde hizo unas interpretaciones al piano. Alvaro Cunqueiro frecuentaba las tertulias y, sobre todo, las bibliotecas de los amigos. En esa época publicó su primer libro, cuando todavía se escuchaban los ecos de los «ismos» literarios, Mar ao norte, y, posteriormente, Poemas do si e non y Cantiga nova que se chama ribeira. La prosa la utilizaba fundamentalmente en los numerosos artículos que escribía para las revistas.

—Durante la década de los años treinta hay una colisión entre varias generaciones de escritores. ¿Cuáles fueron las relaciones entre ellas?

—En ese momento estaba la generación del Seminario de Estudios Gallegos que fue una consecuencia de la generación NOS. Se puede decir que hubo una integración entre ambas, porque en el Seminario colaboraron muchos componentes de la generación NOS que eran considerados como los maestros Otero Pedrayo, Vicente Ris-

corrimos los lugares donde se celebró la batalla entre el último rey de los anglosajones, Harold Godwinson y Guillermo de Normandía. En los últimos tiempos me decía que iba a morir. Me pidió que su entierro no se convirtiese en un espectáculo y que yo solamente leyese unas palabras. Sin embargo, su desaparición me cogió fuera de Galicia, en Cataluña, a donde había ido a un congreso de críticos literarios. Una de sus obsesiones era la de que yo escribiese su biografía, para ello me proporcionó una gran cantidad de material fotográfico y documental, además del que yo mismo había reunido. En la actualidad tengo un gran archivo sobre Cunqueiro que utilizaré en los próximos años para escribir esa biografía.

—¿Cuáles han sido sus relaciones con escritores de otras generaciones más jóvenes?

—Fui el que le puso el prólogo al primer libro que publicó Méndez Ferrín, Percival e outras historias. También animé a Carlos Casares a publicar sus primeros relatos en la revista «Grial».

—¿Usted también trató mucho con Anxel Fole, Rafael Dieste y Torrente Ballester?

—Sí, claro. A Cunqueiro le pagaban sus gastos las tías, y a Fole, los amigos. Ambos llegaban a Santiago poco tiempo antes de que se convocaran los exámenes finales, pero ninguno de ellos se examinaba. Fole se dedicaba a leer a Miró y a Valle Inclán, que se los sabía de memoria. Durante esa época teníamos muchas tertulias y dábamos muchos paseos, Fole, Carlos Maside y yo. A Dieste lo conocí episódicamente siendo yo estudiante en Madrid, en la Universidad, con Fernández Mazas, Torrente Ballester, en la Granja del Henar. Torrente era un hombre que procedía del galleguismo y del socialismo, en Ferrol. Después se fue por otro camino. Él había sido colaborador de la «Tierras», que era un periódico radical. Con Dieste me traté también en Buenos Aires y en Europa, sobre todo en Oxford. También con él mantuve una larga relación epistolar. A su regreso a Galicia en la década de los sesenta, nuestras relaciones se estrecharon mucho más.

—Ya que usted atravesó varias generaciones de escritores y vivió personalmente diferentes etapas de la cultura gallega, ¿cuál es su opinión sobre la evolución del idioma?

—La generación de los primeros poetas del romanticismo utilizó un idioma dialectal. Rosalía, entre ellos. Las Irmandades da Fala crearon un idioma artificial basado en arcaísmos, falsos neologismos, palabras diferenciadoras aunque fuesen artificiales, etcétera. Los autores de la generación NOS empezaron a perfeccionarlo. De todas formas era un idioma muy anárquico. Lentamente se fue purificando por la intervención del Seminario de Estudios Gallegos, y fundamentalmente con el Instituto de la Lengua Gallega al crearse un equipo de investigadores, de filólogos, gente con mucho rigor que está dándole un acento y una significación al idioma de verdadera solvencia. Yo veo el futuro de nuestro idioma con las mismas posibilidades que el de cualquier otro idioma. El único peligro está en la influencia y en la buena utilización de los diferentes medios de comunicación.

—¿Cómo ve usted el actual panorama de las letras gallegas después de la reciente y larga desaparición de figuras tan importantes como Blanco Amor, Lorenzo Varela, Rafael Dieste, Alvaro Cunqueiro, Luis Seoane...

—No puede negarse que con la desaparición de estos autores, nuestras Letras se han empobrecido notablemente. Han sido muertes que se produjeron muy seguidas y entonces es muy difícil suplirlas. Además eran autores relativamente jóvenes y en un momento muy importante de su producción. Sin embargo, el futuro es muy alentador. Nuestra poesía y nuestra narrativa ya tienen una larga tradición, y lo mismo le sucedió al ensayismo en los últimos años. Alrededor de Galaxia se unieron una serie de pensadores tan importantes como García Sabell, Rof Carballo, Piñeiro, Carballo Calero, Basilio Losada, Alonso Montero, Celestino Fernández de la Vega... Este último sorprendió a Américo Castro cuando estuvo en Galicia. Ambos se hablaban en un correcto alemán. Celestino era un conocedor extraordinario del pensamiento europeo. Heidegger se quedó muy sorprendido con su traducción al castellano, que luego vertiría al gallego Piñeiro. Apareció con una carta prólogo del propio Heidegger en donde se alababa la traducción. Fernández de la Vega también escribió un estudio muy interesante sobre el humor. Él se había comprometido a realizar una revisión y ampliarlo, pero en las circunstancias físicas en las que se encuentra es imposible. También entre este grupo de ensayistas se puede citar a Valentín Paz Andrade, que estudió a Guimarães Rosa y a Valle Inclán.

Escribe Koldo ARTEIDA



EL FLUIR DEL BIDASOA

UN río de apenas sesenta kilómetros de curso y del que se han ocupado Estrabón, Ptolomeo y Plinio. Un río que ha multiplicado por mil los ojos de Pompeyo y de los capitanes de Augusto, de Carlos V y Francisco I, de Condé y del duque de Alba, de Luis XIV y Mazarino, de Napoleón y de Wellington, de Mina y de Zumalacárregui. Pero un río que sólo ha mantenido las miradas de Axular o de Etxeberri de Sara, de Velázquez y Goya, de Luis Luciano Bonaparte y de Humboldt, de Unamuno y Oteiza. Y de los Baroja. Imposible el Bidasoa sin los Baroja. Para quienes una vez fuimos Huch Finns del Bidasoa que leían a su orilla la leyenda de Juan de Alzate, el río parece algo inventado por un burlón espíritu animista: un ser que sueña el viejo sueño barojiano de una república del Bidasoa sin moscas, frailes, ni carabineros. La irrealidad se instala en Vera —donde tomo estas notas— con la misma tranquilidad pasmosa de las moscas, los frailes o los carabineros: Larramendi, el excelente pintor veratarra que ha elegido ser un tipo barojiano en el último tercio del siglo XX y sigue teniendo las mismas fobias un poco arbitrarias en pintura que Pío Baroja, se limpia las gafas, da la espalda y desaparece entre las puertas batientes de western de los urinarios del Euskalduna.

POR EL ESTILO

BAROJA y no Loti, esa vieja sirena francesa que mandaba el Javelot, un cañonero inválido usado como guardapescas en medio de la bruma lejana del río como en un cuadro que aún no ha pintado Sagarzazu. —¿Tú sabes vasco? —Sí. —¿Francés? —Un poco. —¿Tienes resistencia para andar? —Sí. Puedo hacer en un día cinco o seis leguas sin cansarme y, esforzándome un poco, hasta diez leguas. —Pues, chico, creo que la solución para tí es hacerte contrabandista. Al día siguiente, Fermín Elgueta se presentó en casa de Víctor Caillacox y se hizo contrabandista. Este diálogo —un ejemplo perfecto en un software narrativo que se propone que el diálogo sirva para que la acción progresase— pertenece a Los contrabandistas vascos, de Baroja. Y vale por el estilo vital de la gente fronteriza del Bidasoa. Neto y preciso como un vasco, decía Henri Michaux. Y el otro lado de lo real, la irrealidad llevada a un extremo irreflexivo: laconismo utilitario:

—Pensar, no; hacer, hacer —me aconsejaba un pariente cercano.

El mismo ensoñamiento en la acción —por el estilo de Baroja— que distrae a los personajes entreteniéndolos por el camino. ¿Simetrías con otros estilos culturales? El reverso de la paciencia zen, de la resolución zen.

GENTE FRONTERIZA

PIARRES de Axular, el cura navarro del siglo XVII que escribió Guero, la obra capital de la literatura en euskera, es un personaje legendario. Se cuentan cosas fantásticas de Axular en el folklore popular. Todas tienden al estilo barojiano, como cuando el diablo se puso a enseñar su ciencia en el infierno. Entre sus discípulos estaba Axular.

El diablo, a cambio de sus enseñanzas, exigió que uno de ellos se quedara con él para siempre. Naturalmente, no había voluntarios entusiastas. Llegó la hora de volver a la tierra. La puerta del infierno era tan estrecha y sombría como debe ser la puerta de un infierno. Al fondo, la fantasmagoría de las llamas. Haciéndose los distraídos, los discípulos iban saliendo en fila india. El diablo en la puerta, les iba preguntando: «¿Te quedas tú?» Todos le contestaban: «No, el que viene detrás de mí.»

Como era de esperar, el último era Axular, y estaba realmente apurado. Al sentirse agarrado por el diablo, dijo: «No, coge al de atrás.» El de atrás era su sombra proyectada por las llamas. Axular salió del infierno, pero desombrado, como diría Berceo. Vale la pena cruzar la frontera hasta Sara para visitar su tumba y depositar un ramo de flores junto al altar de la iglesia donde está enterrado. Así lo entendió Luis Luciano Bonaparte, el príncipe vascofilo, cuando en 1865 colocó una placa dedicada a Axular en la iglesia de Sara.

Tipos barojianos los bidasotarras. Guerrilleros liberales como el veratarra Fermín Leguía, quien en la guerra de la Independencia tomó el castillo de Fuenterrabía, que estaba en manos de los franceses, con sólo quince hombres. O guerrillero, carlistas, marinos, contrabandistas y conspiradores.

En la guía por excelencia del Bidasoa prologada por Mourlane Michelena —Lo que el río vio—, Luis de Uránzu cuenta que en una herrería de la calle Larrechipi, el matemático irunés Policarpo Balzola, sin duda fascinado por Pascal y Leibnitz, construyó la primera máquina calculadora aritmética de la cuenca del Bida-

soa. Entre otras extravagancias dignas de Silvestre Paradox, inventó un calendario mecánico universal y perpetuo con la hora en que era pleamar en todos los puertos y en todas las épocas y la hora de todos los puntos del globo, un método para la formación del calendario gregoriano y mahometano para todos los años y el modo de hallar su correspondencia por medio de un cronosymbolo; además escribió una teoría sobre la armonía universal, un bosquejo de Teoría de Números y un método para votaciones en Congresos.

En el Bidasoa siempre ha habido buenos cantantes —Julio Caro es uno de ellos: tendría que haberse oído cantar en Navidades cosas populares vascas en un programa de radio que tiene su hermano— con encantos ocultos. Como Isidoro Fagoaga, según los alemanes, uno de los mejores tenores wagnerianos de su tiempo, de quien se dice con guiños maliciosos que se encamó con bastantes de las mujeres más famosas de la época.

LESACA Y VERA

PERO el sueño barojiano de la república del Bidasoa es un sueño imposible. Al intentar establecer la capitalidad, los guipuzcoanos tendrían divertidos problemas entre Irún y Fuenterrabía, ciudades que siempre se han llevado con el celo de perros y gatos, y los navarros entre Lesaca y Vera, cuya rivalidad se remonta a las guerras banderizas del siglo XV de oñacinos y gamboinos. Entonces, los linajes dominantes eran los Zabaleta, en Lesaca, por el bando de Oñaz, y los Alzate de Vera, por el bando de los Gamboa, o por el de Oñaz coyunturalmente.

Lesaca y Vera son villas pintorescas: más bonitas que bellas. A causa de los repetidos incendios en las luchas de linajes, primero, y de las querrelas entre los jauntxos y las clases ascendentes aliadas en torno a los municipios, después, las construcciones con carácter no suelen ser anteriores al siglo XVII, con los típicos cortafuegos y voladizos de la región como medida contraincendios.

Estas querrelas devastadoras —dicho sea de paso— ponen seriamente en entredicho el mito del igualitarismo vasco; Caro Baroja, y Otazu han escrito claras páginas sobre el asunto. A Vera le cabe el dudoso honor de haber sido totalmente incendiada por soldados franceses al mando del conde de Saint-Simon, el padre del autor de las célebres Memorias.

VERA y Lesaca se parecen mucho. Entre las dos, las diferencias son de matiz. Vera tiene un aire más luminoso y vibrátil; Lesaca, más sombrío y enérgico: las diferencias y semejanzas que existen entre un óleo y un aguafuerte de Ricardo Baroja. Lo mismo ocurre con sus edificios más representativos y a la vista. El de Vera es la casa Larrache, un palacio del XVIII rodeado de flores, y el de Lesaca la impresionante torre Kaxerna, del antiguo linaje de los Zabaleta.

El genio se asume, pero ¿qué queda del sueño barojiano? Hay que dejar de lado la evidencia de Itzea y de la copiosa obra de los Baroja, toda una república por sí misma. Es demasiado obvia.

Juan Ramón Jiménez escribió una vez que la obra de Baroja viajaba ante nosotros con un interminable vuelo bajo, con su sombra al lado como un tren de mercancías. A Baroja probablemente le hubiera gustado más que lo compararan con el ferrocarril de pasajeros de la regata del Bidasoa que iba de Irún a Elizondo.

Lo que queda es el fluir del Bidasoa, el estilo de Baroja, de aquel a quien Blaise Cendrars envidiaba su perfecto nombre de escritor. Y, sombra sedimentada, el estilo irreductible de los Baroja. Y, en lo alto, Larín.



Caro Baroja, señor particular

Escribe Miguel SANCHEZ-OSTIZ

EL reciente nombramiento de Julio Caro Baroja (a quien por respeto evitaré llamar familiarmente *Don Julio*) como catedrático extraordinario de Universidad, me ha hecho recordar unas de las páginas que prefiero en su obra: el prólogo a *De la superstición al ateísmo*. En esas breves y lúcidas páginas de 1974, Julio Caro Baroja señalaba, como una anomalía de la vida española en relación con el mundo intelectual, que alguien que se dedicaba por completo al estudio lo hiciese de una manera privada, sin pertenecer ni a claustros, ni a instituciones, ni a museos.

LA gran labor de investigación que desde 1929 hasta la fecha ha llevado a cabo Caro Baroja lo ha sido casi desde la oscuridad, por no decir desde la clandestinidad erudita. Hasta la aparición de sus trabajos sobre las brujas (que han atraído, y supongo atraen, a un público más que especial), o su espléndido libro de memorias familiares, su obra era mal conocida o desconocida por completo. De hecho, los libros de Caro Baroja anteriores a 1970 son poco menos que rarezas bibliográficas. Y me refiero, por ejemplo, a sus

estudios saharianos y mogrebíes o a *La ciudad y el campo*.

POR eso, este nombramiento de catedrático extraordinario, y también el de hijo predilecto de la villa de Madrid, tienen algo de reconocimiento tardío, cuando no de deslumbrado descubrimiento. La verdad es que es un espectáculo poco agradable éste al que nos tiene acostumbrados la vida cultural oficial o académica española. El año pasado le tocó el turno a María Zambrano, y también, en cierto modo, a Emilio García Gómez... Toda una larga serie de desdenes, olvidos y menosprecios que tienen mucho que ver con la terca defensa del puesto y que terminan en unos fulgurantes reconocimientos.

Y si recordaba la sorpresa de Caro Baroja por haber podido llevar a cabo la extensa labor de investigación que ha llevado (por curiosidad, recomendaría echar una ojeada a los trescientos cincuenta textos reseñados en la bibliografía establecida en el homenaje que publicó el CIS en 1978) es porque me da la impresión que justamente el aislamiento en el que ha vivido es el que, dolorosamente quizá, le ha posibilitado no solamente el trabajo, sino la envidiable y ejemplar independencia que ha mantenido.

PARA quien esto escribe, Julio Caro Baroja ha sido un ejemplo de *señor particular*; que es tanto como decir independencia, rigor intelectual curiosidad insaciable y espíritu liberal. Porque Caro Baroja es, sin duda, uno de los raros ejemplares de liberal que hay en este país: aunque en los últimos años parece que han proliferado sospechosamente.

LOS liberales españoles son una especie que nunca ha contado con excesivos individuos, todo hay que decirlo. Hasta ahora ha sido más fácil encontrarse con energúmenos que con gentes mesuradas. Por eso, al menos, ha sido un consuelo saber de la existencia de Caro Baroja y de su obra cuando uno no ha tenido la suerte de encontrarse con espíritus liberales en la universidad, sino todo lo contrario. Algunos de los de mi generación hemos tenido que soportar el sarcasmo de escuchar un delirante *¡sed libérrimos!*, mientras se nos pretendían imponer unos métodos y unas enseñanzas que más tenían que ver con la ortopedia, la corsetería, el cuidado de semovientes y los definidores y calificadores del Santo Oficio. No me extraña que Caro Baroja, que en repetidas ocasiones ha señalado parecidas cosas, no haya querido participar en el festejo.

AL hermoso espíritu liberal de Caro Baroja hay que añadir su buen hacer y su lucidez para hablar de nuestra época, de nuestra atribulada sociedad, como él la llama. Ahí están sus artículos periodísticos, reunidos bajo el título *Comentarios sin fe*. Alguien podrá decir que son agrios e incoherentes en exceso. Es posible. Lo que me extraña es cómo no lo han sido con más abundancia. El rigor, su fino sentido del humor y sobre todo su sinceridad no parecen resultar muy agradables. Tampoco lo es su lúcido escepticismo, que nada tiene que ver con un desencanto que más parece el sacarse un dedo de la boca que una derrota en toda regla.

POCOS intelectuales habrán comprendido al País Vasco, en esta época especialmente inhóspita, como Caro Baroja; comprendido, estudiado y amado. Serán poco conocidos, pero ahí están sus diez volúmenes de *Estudios vascos*, sin contar su *Etnografía histórica de Navarra*, que agrupan ensayos sobre la lengua, la religión primitiva, la industria, la cultura del pueblo vasco, etc.

TAMPOCO Caro Baroja ha hecho gala de poseer la panacea para arreglar el entuerto de esta tierra o intentar enmendarlo. Ni ha hecho gala de conocer la panacea, ni ha hecho esfuerzo alguno para saltar a la palestra, al tablado (el tablado como forma cultural de la vida española), donde dan cabriolas los vascuistas de última hora.

POR supuesto, la opinión de Caro Baroja sobre este delicado asunto cuenta poco o nada a la hora de enmendar o resolver alguno de los graves problemas que padece, y hace padecer, el País Vasco. No cabe duda que es mejor escuchar las obtusas, cuando no los francos desatinos, de cualquier covachuelista que, por supuesto, jamás se habrá tomado la molestia de acercarse a las muchas páginas que Caro Baroja dedica al país que va a enturbiar con sus decretillos y arbitrariedades. Como tampoco parece que su opinión cuente gran cosa para quienes están demostrando ser partidarios del apocalipsis aquí y ahora.

LA mesura, la inteligencia, la cultura, en definitiva, de Julio Caro Baroja son profundamente incómodas.